

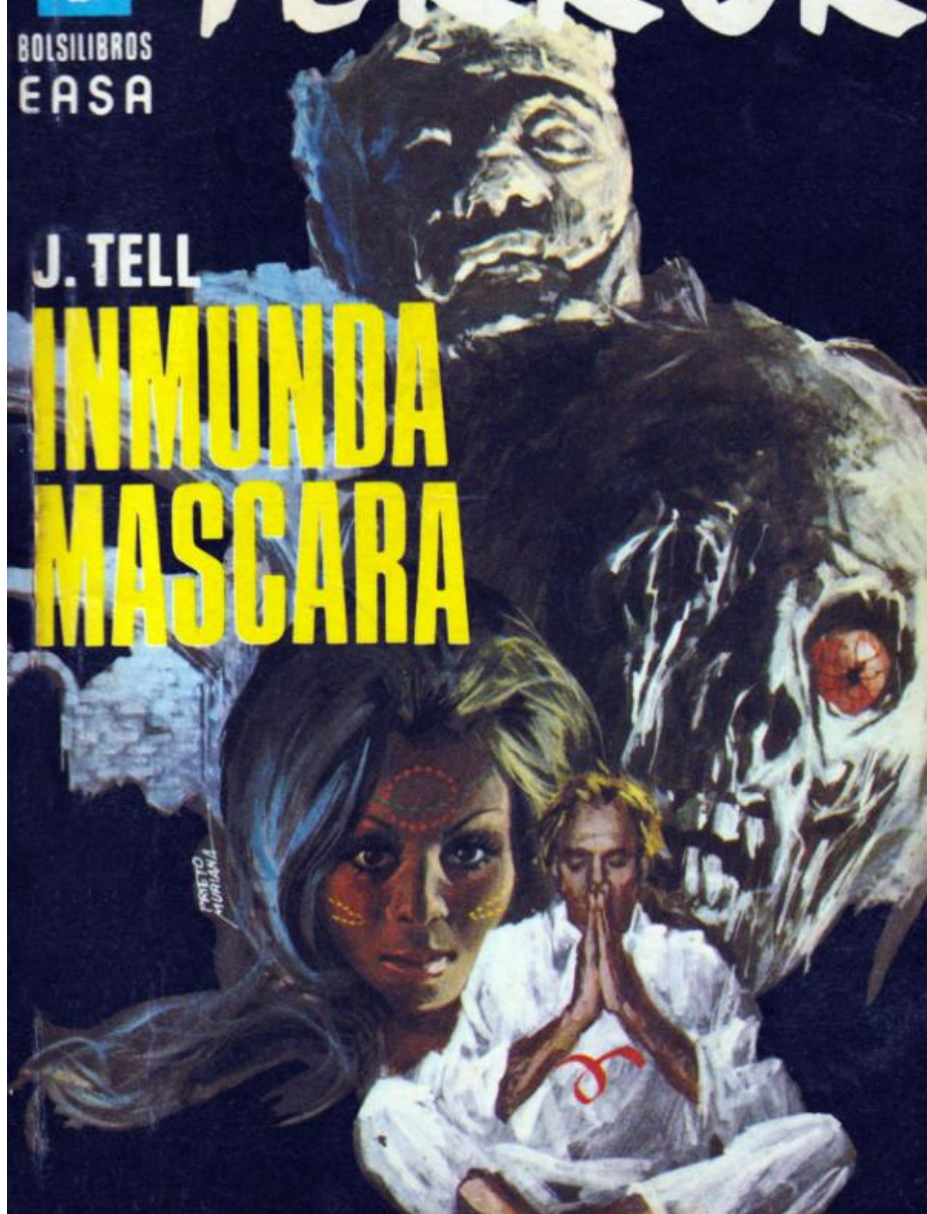


BOLSILIBROS
EASA

TERROR

J. TELL

INMUNDA MASCARA



TERRA



© J. TELL

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero

I. S. B. N. 84-06-01916-6

Deposito legal M. 23.871-1979

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo 32

Llenabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**INMUNDA
MASCARA**

J. TELL

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO I

LA llegada de Clifton Layer al barrio residencial «Aurea Hills» se produjo al atardecer de un día de finales de octubre. Le dejó el «bus» en la parada de la esquina de Grouise Avenue. El otoño alfombraba las sendas del oro viejo de las hojas caídas y ensangrentaba las nubes del horizonte. Un viento frío estremecía las ramas y agitaba las plumas de los pájaros que giraban sus cabezas siguiendo el paso del viajero.

Clifton, que era un joven alto y delgado, ascendió con lentitud la cuesta. Al alcanzar el pequeño valle donde el riachuelo que circundaba el conjunto de colinas se repartía en numerosos regatos y cuyo centro lo constituía un a modo de circo, del que nacían los distintos caminos hacia los hoteles, se detuvo, y contempló el panorama con expresión reconcentrada, triste.

«Aurea Hills» debía su nombre a los cipreses de color amarillo intenso «*Chamaecyparis Lanei Aurea*» en los catálogos de jardinería, que llenaban sus placetas y calles y los jardines de las viviendas. Desde lejos, en los días soleados, resplandecían las colinas como las cúpulas de un templo bizantino.

Para estar más a tono, los edificios se inspiraban en el estilo Victoriano, con torretas, fachadas de ladrillo y piedra multicoloreadas y grandes vidrieras. A la hora aquella y no obstante haberse encendido algunas luces, se ofrecía con un aire sombrío, opresivo. A la derecha, en la orilla izquierda del río y a unos trescientos pies por debajo, se distinguía la pequeña ciudad de Stockholm, con las altas torres de sus templos, el Baptista y el Congregacional, y el enjambre de brillantes puntos de alumbrado público.

El chalet de los Layer se alzaba no muy lejos del ocupado por el doctor Devanson, sobre dos suaves elevaciones y con un bosquecillo entre ellos. La verja del parque se hallaba abierta y Clifton avanzó con el mismo paso cansado, como si le pesara enormemente la maleta y el saco de marino que portaba, y con el cuello del tabardo azul oscuro levantado.

Le abrió una mujer de mediana edad, rubiasca, toscas facciones, que se le quedó mirando interrogativamente con unos duros ojuelos azules.

—¿La señora Layer?

—Sí, pero...

—Soy su hijo Clifton.

Antes de que la sirvienta le replicara hizo su presentación en el recibidor el propietario de la casa, Perry Layer, alto, de agresivas facciones águilas, con el pelo rubio y los ojos grises.

—Vuelva a sus ocupaciones, Martha —la despidió secamente—. Adelante, Clif; no te quedes ahí.

El recién llegado traspasó el umbral y se colocó frente al otro, que lo inspeccionó con rapidez y disgusto.

—Estás muy desmejorado, Clif —fue su diagnóstico—. Como si te hubiesen echado veinte años encima.

—La vida en los Trópicos, consume mucho. ¿Y ella?

La respuesta se la dio la interesada, una suave, nerviosa mujercita, de mejillas sonrosadas y rubios cabellos, con grandes ojos de un acariciante pardo, verdoso.

—¡Clif, Clif, hijo!

Se abrazó a él que la izó para que pudiera besarlo. Tras los instantes de efusión, Perry propuso:

—¿Y si pasáramos al salón? Mientras Clif te cuenta la razón de su vuelta, yo iré a disponer que le preparen su habitación. Estoy seguro de que su mayor deseo ahora es descansar.

—Sí. Gracias, Perry.

Madre e hijo penetraron en la pieza inmediata y fueron a sentarse en el sofá. Funcionaba la televisión transmitiendo un partido de «baseball» y ella se apresuró a accionar el mando a distancia interrumpiéndolo. Luego, clavó sus ojos con dolorosa ansiedad en la macilenta, afilada faz de Clifton.

—Es verdad que pareces muy cansado, Clif —musitó—. Si quieres, podemos charlar mañana.

—No, no. Me encuentro bien. Lo que ocurre es que tengo la piel muy quemada y el pelo, por contraste, muy rubio. Además, recuerda que no nos vemos desde hace cinco años.

—Sí; es cierto, Clif... tú...

—Pienso quedarme tiempo por aquí, mamá. Trataré de emprender... algo. Quizá termine mis estudios.

—¡Me das una gran alegría, hijo! Ya sabes que eso es lo que más deseo.

Perry reapareció. Y con su aire decidido, dominante, fue hacia el panel divisor y pulsó un botón. Se descorrió un cierre dejando al descubierto un pequeño bar.

—¿Te apetece beber algo, Clif?

—No. Bueno; sí. Un *whisky* con agua.

—Supongo que por aquellos parajes del infierno el *whisky* sería el único refuerzo para la moral. ¿Emulaste la gloria de Cook, muchacho?

—¿Eh?

El semblante de Clif asumió un gesto estólido, de paralización de su corriente intelectual. Tardó unos segundos en reaccionar.

—No sé qué quieres decir, Perry.

—Me refería a tus descubrimientos, a esos hallazgos antropológicos en que tanto confiabas. ¿Por fin hallaste el eslabón perdido?

—¿Qué?

Se produjo el fenómeno. Dorothy, la madre contempló con inquietud a su marido.

—¡Oh, Perry, déjalo! Mañana nos contará lo que sea.

—Bien, bien. No pretendía molestarlo, Dot, solo saber... si en realidad, Clif, tu hijo, ha estado ausente, recorriendo toda esa parte de Oceanía, con sus miles de islas, por espacio de cinco años. Creo que merecemos que nos cuente sus andanzas... y el motivo de haber vuelto ahora.

Clif entró en órbita consciente de nuevo. Examinó a su padrastro con recelosa seriedad.

—He descubierto muchas cosas, Perry, muchas cosas —dijo—. Tengo material para escribir varios libros.

—¡Vaya! Lo celebro.

—Diversas revistas me han pedido ya que les envíe una serie de reportajes. Y lo pagan bien, ¿sabes? Así que no te preocupes por ese particular.

—Oye; yo no he insinuado en absoluto el que me interese el que ganes o no ganes dinero. Jamás...

—Pero yo sí quiero aclararte ese punto. Por otra parte, he traído objetos de un valor incalculable, reliquias, obras de arte, joyas... únicas, maravillosas... algunas que parece como si hubieran sido...

Volvió a remontarse a las nubes. Y esta vez estuvo un buen rato como colgado de un trapecio invisible. Perry le entregó el vaso con el licor mezclado con agua. Lo cogió maquinalmente; con un gran esfuerzo, tomó tierra y sonrió con cierta confusión.

—Perdonad —se disculpó—. Es cierto que estoy cansado. Mañana hablaremos con calma.

Se levantó acusando el cansancio a que se refería. Y apuró de un trago el contenido del vaso.

—¿No quieres tomar algo de comer? —la madre se había levantado también.

—No, no. Cené en Boston... antes de salir. Mañana estaré bien.

Pero no había convicción en su voz. Besó ligeramente a Dorothy y dedicó un saludo a Perry, tras lo que salió del cuarto. Fuera, sorprendió a Martha que levantaba del suelo la negra maleta que había traído.

—¿Qué hace? —chilló, descompuesto—. ¡Vamos, deje inmediatamente eso!

—Pero si yo... Iba a subirla a su... —balbució la asustada doncella.

—¡No, no; deje! Yo lo haré. Gracias.

Se apoderó de ella y del saco y emprendió la ascensión hacia la planta superior. Dorothy y Perry se habían asomado al oír las voces. La primera se acercó a la sorprendida sirvienta.

—Discúlpelo, Martha; no se encuentra bien.

—Pero si yo tan solo quería... ¡Oh, bueno, que el diablo se lo lleve! No se preocupe por mí, señora.

Se alejó muy digna. El matrimonio regresó entonces al salón.

—¡Maldita sea! —estalló Perry—. Estaba seguro de que nos traería dificultades.

—¿Por qué dices eso? Es mi hijo, Perry.

—Sí; ya lo sé. Pero ese muchacho está medio loco, con la mente ocupada por cosas extrañas. ¿Qué ha hecho durante todo este tiempo? Era absurdo que interrumpiera sus estudios y nos abandonara para emprender ese descabellado viaje a los Mares del Sur.

—A él siempre le gustó viajar, recorrer países exóticos...

—¡Claro! Y no hacer nada de provecho. Basta ver su aspecto para comprender lo bien que le ha ido. Pero no me preocuparía tanto su presencia aquí si no fuera por la situación tan especial por la que atraviesa la colonia. Tú sabes que últimamente ha habido algunos fallos, como el de la organización de los festejos este verano. ¡Y nuestros principales ingresos provienen de la administración de estos chalets y de sus ventas y alquileres, así como de la explotación de los lugares de recreo!

—¿Y qué tiene que ver eso con la llegada de Clif?

Su marido le posó la fría mirada con una mueca de impaciencia.

—Mujer, algunas veces me asusta tu falta de sentido realista. Seguro que Clif lo ha heredado de ti.

—Está bien; deja eso. ¿Por qué ha de suponer necesariamente un trastorno la estancia de Clif en esta casa?

—No lo sé. Sólo es un presentimiento. La presencia de una persona tan extraña como él en esta comunidad de gente acomodada, sin preocupaciones... no puede caer bien.

Pero Dorothy se revolvió.

—¡Qué absurdo, Perry! Ni que Clif fuera un monstruo con cuernos y rabo.

Quizá hubiera rectificado su criterio de poder ver al aludido en aquellos momentos. Clifton había penetrado en su cuarto y, sin siquiera detenerse a observar si estaba igual que lo dejó cinco años antes o lo habían variado, fue a depositar la maleta sobre la cama y la abrió. Apartó con prisa febril ropa y algunos libros y carpetas y sacó una bolsa de cuero color marrón oscuro.

Sin apresurarse ya, con deliberada calma, extrajo de la envoltura el objeto que contenía. Y lo alzó entre los dedos hasta colocarlo frente a su cara. Una máscara. Una horrible, espantosa máscara que causaba la impresión de vivir, de irradiar una energía maligna, destructora.

Negra, con los salientes rasgos contraídos y una especial, indescriptible desfiguración, como si alguna enfermedad la corroyese. Al primer impacto visual sugería la faz de un viejo gorila con bubones. Pero enseguida se

reconocía que era el de un ser humano, aunque tal vez más bestial que el gran antropoide. En cualquier caso, algo siniestro, amenazador, inficionante.

La introdujo en su cubierta el joven y la puso en el fondo de la maleta que cerró cuidadosamente. Y se sentó en el borde del lecho para mirar al utensilio aquel con gesto de desvarío.

—¡Te conseguí, te conseguí! —masculló—. ¡Púdrete ahí dentro, maldita! Mientras te tenga conmigo no podrás hacerme nada... Tu poderse quedó allí... en la Isla Gimiente...

En contradicción a sus palabras, se cogió súbitamente la cabeza con las manos y estremeció su cuerpo con unos violentos sollozos.

¡Oh, madre mía, madre mía! —gimió—. Nunca debí ir a ese sitio. He quedado manchado... impuro para siempre... Y lo peor es que contaminaré a cuantos se acerquen a mí... Y todo por mí codicia, por preferir la riqueza a cualquier otra cosa...

Estuvo así un rato. Poco a poco fue tranquilizándose. Y se levantó y se dirigió a la ventana. Descorrió la persiana y se puso con la frente pegada en el cristal a observar el exterior. Justo en el instante de asomarse lo hizo la luna por entre unos nubarrones.

Y por unos momentos la conjunción del astro nocturno con los cúmulos tormentosos configuró una cara demoníaca, espeluznante.

CAPITULO 2

EN los dos días siguientes a su llegada a la colonia, Clifton apenas si abandonó el hotel. Sólo al atardecer y envuelto en su tabardo, con el cuello levantado y las manos hundidas en los bolsillos salió a pasear por entre los árboles.

Con el único vecino que se relacionó en aquel tiempo fue con el doctor Oscar Devanson y eso porque se lo encontró la primera tarde casi de golpe al cruzar por delante de la puerta de su jardín.

—¡Vaya, si es el joven Layer! ¿Cómo estás, Clif?

Eran aproximadamente de la misma edad. Al pronto, Clif pareció dudar si detenerse. Luego, se encogió de hombros y aceptó el diálogo. Recordaba al doctor, que acababa de instalarse en «Aurea Hills» cuando él tomó la decisión de emprender su famoso viaje a los Mares del Sur. Y en aquella época mantuvieron largas conversaciones sobre todo lo humano y lo divino.

—No sabía que hubieras vuelto. Siempre que he visto a tus padres les he preguntado si tenían noticias tuyas. ¿Qué tal te ha ido por esos parajes?

—Psé. Unas veces bien... y otras no tanto. ¿Y a ti?

Estaba clara su reticencia a tratar de aquel asunto. El médico se echó a reír y pese a su apariencia de sano optimismo —era más bien bajo, grueso, de faz redonda y sonrosada, con el pelo rojo y rientes ojos grises—, dejó adivinar una gran amargura.

—Rutina. ¿Sabes lo que es eso, Clif? Hacer todos los días igual, recorrer los mismos caminos... Cuando se estudia en la Universidad uno piensa que el ejercicio de una carrera como la Medicina ha de ser algo maravilloso, lleno de sorpresas, de nuevos casos que pondrán a prueba su dedicación y el talento... ¡Bah! La práctica, en un sitio como este sobre todo, descubre lo falso de semejante sueño. No existen los «casos» ni se viven aventuras, sino una larga, interminable sucesión de gestos, de palabras, todas iguales... tómese esto y dentro de dos días venga a la consulta...

—¿Por qué elegiste este sitio?

—Hum. O me venía aquí, con la posibilidad de una clientela fija, o me contrataba de Ayudante en algún Hospital... con menos perspectivas aún. Oye; ¿por qué no entras y tomas una copa? Vivo solo, todavía no me he casado... Ando detrás de Chloe Fandon... no sé si la recuerdas.

Clif se acordaba. Una hermosa e inteligente mujer que regentaba un

Colegio con diversas secciones, desde párvulos al segundo grado y música, danza clásica, pintura y artes del hogar. Pero no se la imaginaba emparejada con Devanson.

—¿Raro, verdad? Así va ello. Somos tan distintos como el aceite y el vinagre. Pero ya sabes que con esos dos ingredientes se adereza una ensalada.

Desenroscó el matasuegras de su risa.

—Chloe no me rechaza del todo, pero tampoco me acepta. ¡Es tan puritana la condenada! ¿Qué, hace lo de la copa?

Su antiguo amigo dudó. Pero terminó por aceptar. Y penetró en el chalet del doctor.

—Viene una mujer de Stockholm tres veces por semana y lo limpia y me lava y arregla la ropa. Y durante las horas de consulta cuento con la ayuda de una enfermera... también residente en la ciudad. Un bombón rubio.

A juzgar por su gesto debería contar con algo más que con su «ayuda». Aquel chalet estaba amueblado con sencillez y un gusto refinado, aunque sin demasiados elementos y tampoco originales. Se notaba que su dueño no disponía de recursos en abundancia. En el vestíbulo, un trozo de columna salomónica, soportando una lámpara y una copia de la «Alegre Compañía» de Frans Hals.

En el salón, un tapiz que sugería la escuela de los Gobelinos y unas reproducciones de impresionistas: Degas y Renoir. En un rincón, un piano de cola con un candelabro de plata sobre él. Y en los remates de la escalera unas estatuillas imitación del Apolo y Dafne de Bernini.

Una estufa eléctrica sustituía en la chimenea a los leños auténticos.

—Todo falso, Clif —comentó el médico no sin amargura—. Buenas copias, pero solo eso.

—Me gusta como lo tienes, Oscar —expresó su opinión el invitado—. Aunque yo prefiero otro tipo de decoración.

—¿Sí? ¿Cómo cuál? Siéntate frente al hogar. Prepararé unos vasos. ¿Con agua, verdad?

—Buena memoria.

Clif, sin despojarse del tabardo, se dejó caer en un sillón. Devanson, mientras preparaba la bebida, le arrojó unas ojeadas investigadoras.

—Quizá por el tiempo que he pasado entre los indígenas de las islas me he acostumbrado a sus motivos ornamentales. Ya sabes; escudos, lanzas, los techos de las chozas o los remates de sus tambores...

—Ya. Yo reconozco que el primitivismo no me va.

Necesito platos más fuertes, que provoquen más mis sentidos.

Se sentó en otro sillón y tendió un vaso a Clif.

—Escocés legítimo, Clif. Es lo único verdadero de esta casa, doy fe. Te veo cansado y como si no funcionara bien algo en tu organismo. ¿Te

sientes mal, Clif?

—¡Oh, no, no! Estoy bien. Quizá algo débil, pero me repondré enseguida.

—Bien. Si quieres que te haga un reconocimiento, pasa mañana por la consulta. De paso, conocerás a Mabel, mi enfermera. ¡Eso sí que es arte primitivo, muchacho!

Esta vez su risa brotó caudalosa. Pero se cortó al comprobar que su huésped no le acompañaba. Estaba allí, en el fondo del asiento, encogido, mustio. Y se sorprendió al oírle decir:

—¿De veras crees que ese arte... el que practican los indígenas de las Salomón o las Nuevas Hébridas, no impresiona los sentidos?

—No he dicho eso, Clif. Lo que ocurre es que mis gustos son más... retorcidos.

—Pero es que hay motivos, figuras, Oscar, que poseen una fuerza... como si tuviesen vida. Esculturas que de noche, en la oscuridad de tu cuarto, sientes como si respirasen y desprendieran un aliento venenoso. O máscaras que cambian de expresión cuando las miras y revuelven tus ideas, te notas amenazado por ellas...

El médico estuvo silencioso un rato, observándole.

—Clif, —pronunció con tono serio—, no te voy a discutir eso. Pero tú mismo has dicho que estás débil. En realidad, muchas de las manifestaciones que atribuimos a lo externo no son sino fenómenos provocados por un desgaste de nuestros sentidos. En general, los espíritus o fantasmas se suelen ver con relativa facilidad cuando se lleva una semana sin ingerir alimentos.

—Pero ese no es mi caso, Oscar. Y yo no he hablado de fantasmas...

—Lo sé, lo sé. De todas formas, no dejes de acudir mañana a que te reconozca. Te daré una caja de reconstituyentes. Y seguro que entonces apreciarás más la belleza de Mabel que la de esas horribles y sucias cabezas disecadas de los Maorís.

Su observación hizo que Clif se estremeciera violentamente. Y se puso en pie, volcando el resto de licor que contenía su vaso.

—Oscar, ¿y si te dijera que he tenido una experiencia, algo increíble, en el tiempo que viví en una isla de las Nuevas Hébridas, una experiencia capaz de trastornar la mente del hombre más equilibrado?

—¿Por qué no me la cuentas, Clif? Quizá no sea la cosa tan terrible como tú piensas.

El joven Layer de repente había quedado como ausente, con la mirada vuelta hacia un punto ignorado del espacio. Con una sacudida reentró en la realidad y contempló con ojos desvariados al dueño de la casa.

—No, Oscar; ahora no. Quizá mañana... o cualquier otro día. ¡Pero he de volver a casa! Yo...

Se produjo su corte de fluido. Devanson le vigilaba con un rictus de

preocupación.

—Vamos, Clif, tranquilízate. Descansa un poco y luego te acompañaré hasta tu casa. Cuando me tropecé contigo iba a visitar a ese matrimonio de ancianos, los Orbitzer, que perdieron a sus hijos y nietos en un accidente de aviación.

—Sí. Gracias, Oscar.

Devanson le sirvió más *whisky*.

—Ya verás cómo dentro de unos días te hallarás repuesto y se te habrán olvidado esas cosas. Insisto en que son alucinaciones.

Pero cuarenta y ocho horas después, hubo de aceptar que eran algo más que fantasías. Aunque cuando Martha, la doncella de los Layer, fue a pedirle que acudiese con toda urgencia al chalet de sus señores, no podía conjeturar la serie de terribles acontecimientos que se desencadenarían en «Aurea Hills».

Clifton no había acudido el día anterior a su consulta y tampoco le vio por parte alguna de la Colonia, tras la velada aquella, que sostuvieron en su casa. Ahora la madre de Clif y su marido Perry Layer, le esperaban en el *hall* dominados por una gran ansiedad.

—Se trata de Clif, doctor Devanson —explicó Dorothy—. Parece que tiene mucha fiebre y como una... horrible erupción en la cara.

—Delira y dice cosas absurdas... acerca de una «máscara» que le persigue.

—Está bien; cálmense. Ahora mismo subo a verle.

Ascendió a saltos la escalera y penetró en el cuarto de Clif.

Antes que fijarse en este le llamaron la atención unas cuantas figuras y objetos, muestras sin duda del arte melanesio. En especial, una horrenda cabeza tallada sobre un tipo de madera fibrosa —se enteraría más tarde que era una clase de helecho arborescente—. Se percibía en el cuarto un raro aroma que evocaba alguna planta o fruto exóticos.

Nada más inclinarse sobre el enfermo tuvo conciencia de que se enfrentaba a un mal fuera de lo normal. Y no pudo reprimir un repeluzno. El rostro de Clif se había hinchado y desfigurado tremendamente, como atacado por un colosal enjambre de abejas. Más, aparte de eso, la coloración era oscura, casi negra. Y se distinguían como unos pequeños cráteres, o bocas por la que rezumaba un líquido viscoso, amarillento.

Los ojos se perdían en aquella masa tumefacta y brillaban lejanos, febriles.

—Oscar... —la lengua saburral, voluminosa, golpeaba las encías y los dientes—. Oscar...

—Por favor, no te esfuerces, Clif. Sólo trata de contestar a las preguntas que yo te haga.

—¡No, no! Escucha... la máscara... destruye la máscara...

—Sí, sí. Pero olvídate de eso ahora. Atiende; ¿recuerdas si en alguno de

los lugares que visitaste en tu viaje por Oceanía hubo alguna persona con una inflamación como la tuya? Es muy importante, Clif.

Pero el joven no le contestó. Era asombroso, más cualquiera que fuera la naturaleza de aquella enfermedad, la rapidez de su proceso tenía algo de magia espectacular. Devanson hubiera creído que se trataba de una lepra. Claro, que entonces, habría destrucción del tejido y lo que él presenciaba, estupefacto, era una transformación, un total cambio de las facciones que se volvían gorilesas, feroces.

Empleó el clásico recurso de los antibióticos —ungüento amarillo de la terapéutica moderna—, aunque maldito si sospechaba cuál fuera el remedio adecuado para «aquello».

—¡Oh Santo Dios! —oyó gemir tras él—. ¡Si no es posible, no es posible!

Giró la cabeza para enfrentarse con los Layer, que contemplaban con espanto en lo que se había convertido su hijo. El médico se apartó del lecho y se aproximó a ellos.

—¡Por el amor del Cielo, doctor Devanson! —exclamó Perry—. ¿Qué clase de enfermedad es esa... que tiene?

—No estoy seguro, señor Layer. No es... común. Tendremos que enviar una muestra de tejido a Boston para que la analicen. Desde luego parece una enfermedad de la piel... un acné especialmente virulento... o un angioma de un carácter... No lo sé. También podía ser una lepra... muy especial.

—¡Lepra!

—No se asusten... todavía. Si lo fuera, casi tendríamos que alegrarnos. La lepra es difícilmente contagiosa. Pero lo que no me acaba de convencer es la alta fiebre y la celeridad con que...

—¿Qué trata de decir?

El médico los examinó reflexiva, calculadoramente.

—Pues que en tanto que aclaremos lo que sea, conviene que no anden mucho por aquí. Y que desinfecten todo lo que, fuera de este cuarto, haya estado en contacto con su hijo. Hiervan su ropa, los objetos que haya usado... etc.

—Pero es que...

Devanson plegó los labios y arqueó las cejas en un gesto de renuncia. A continuación, regresó junto a Clif. Su inmovilidad era absoluta. Las rendijas de los ojos no fulguraban como antes. Con sumo cuidado lo auscultó con el estetoscopio. Lentamente se retiró de su lado. Los latidos del corazón de su extraño paciente ya no se percibían.

—¿Qué sucede, doctor? ¿Acaso...?

—Sí. Lamento comunicarles que su hijo Clif ha muerto.

CAPITULO 3

SE reunió en el salón principal con los aterrorizados padres.

—Clif estaba muy débil y le ha fallado el corazón. No es posible que esa erupción, cualquiera que sea su naturaleza, le haya provocado la muerte —explicó—. Es lamentable, pero hemos de encarar los hechos.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—No tengo otro remedio que denunciar este caso a Sanidad. Y me temo que traiga complicaciones.

Perry se sobrepuso a la impresión que el suceso le había causado. Y se puso en guardia.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Pues me imagino que, hasta en tanto que se conozca la clase de enfermedad que lo ha atacado, querrán poner esto en cuarentena. Y obligarán a tomar una serie de medidas. Yo voy a...

—¡Un momento, doctor!

Devanson esperó. En sus grises iris saltó una chispa de regocijo. Hubiera apostado un millón contra un dólar a que conocía lo que iba a oír.

—Doctor Devanson, usted mismo ha confesado que no tiene idea de qué mal pueda ser. ¿No es verdad?

—En efecto. Pero eso no...

—Espere, espere. Supongamos que sea una enfermedad corriente, sin otro alcance que el terrible que ha tenido en nuestro hijo... en el hijo de la señora Layer.

Aquella puntualización era muy oportuna.

—Usted también dice que la muerte ha sobrevenido por un fallo del corazón y que esa alteración de la piel no hubiera bastado a causarle un efecto tan definitivo.

—Sí, claro. Pero...

—¿Sabe lo que significará que esto se comunique a las autoridades sanitarias y llegue a conocimiento de los habitantes de esta colonia?

—Imagino que no resultará agradable. Pero no podemos ocultar un hecho así. Podría tratarse de algo especialmente contagioso, epidérmico y...

—Conjeturas. Oiga, Devanson, hablemos con claridad.

La atmósfera semejaba haberse ido congelando. Dorothy los miraba con una expresión de dolor incrédulo, como si aún no entendiera lo que había

pasado, y lo que estaban hablando.

—«Aurea Hills» atraviesa por un momento de depresión. Muchos de sus habitantes han insinuado la posibilidad de marcharse y vender los hoteles. Este último verano fue desafortunado, en parte porque el tiempo no colaboró y por Otra serie de factores. Usted sabe que yo administro este lugar y que me interesa que no se interfiera ningún accidente que dé al traste con el negocio. Y en ese negocio, conviene que lo recuerde, está usted implicado.

—Me gustaría que aclarara sus palabras, señor Layer.

—Naturalmente. Usted es el médico de esta colonia porque yo le ofrecí el puesto. Usted, independientemente de lo que le abonen por sus consultas, percibe una cantidad fija por cuidarse de la salud de la comunidad, de que el sitio se mantenga en las condiciones más óptimas... Y, naturalmente, esas condiciones se refieren al orden psicológico tanto como al físico. O sea, a que la comunidad de vecinos se sienta alegre y en paz.

Hubo un ligero descenso en los hombros del médico. Y su voz sonó cascada, mate, al replicar.

—O sea, que debo evitar que se sientan amenazados. ¿No? ¿Y qué propone, Layer?

Le había apeado el tratamiento con deliberación. Pero al administrador no le importó. O no quiso darse por enterado.

—Le recomiendo que certifique que Clif ha muerto como consecuencia de un infarto... o algo parecido. Y que se ordene su enterramiento en el cementerio de la Última Colina, ese precioso lugar del que también van a disfrutar los dichos ocupantes de estos hoteles en el lejano día que les toque retirarse de este Paraíso.

—Lo que me pide...

—No es ningún engaño, doctor. Usted ha sido quien ha confesado que esa ha sido la razón de su fallecimiento. Y posiblemente no haya ninguna otra. Lo más seguro es que lo de la piel carezca de importancia. Pero ¿se imagina lo que sería que cualquiera de los habitantes de aquí se enterara de su mal con sus antecedentes? Se hablaría de su misterioso viaje a los Mares del Sur, de su extraño comportamiento y sus alusiones a esa máscara... Sería la desbandada, compréndalo.

En cierto modo, Layer estaba en lo cierto. Quizá no tuviera importancia aquella rara invasión microbiana de la piel facial de Clifton —aunque al recordar su aspecto Devanson notó que se erizaba su vello—y, sin embargo, las consecuencias de que se propagara la noticia de su enfermedad, con tales horribles características, y su muerte, podría originar una catástrofe de muchos y peores efectos.

—Perfectamente, Layer —aceptó—. Para no mentir demasiado, diremos que la muerte se produjo como consecuencia de una afección

cutánea complicada con una pulmonía. Suele ser frecuente y eso justificará el que se le entierre enseguida y no se permita el verlo.

—Usted dispondrá lo necesario.

En aquel momento, Dot lanzó un penetrante alarido. Y se precipitó contra ellos.

—¡Asesinos, asesinos! —gritó, fuera de sí—. ¿Cómo podéis hablar de ese modo... estando él allá arriba... en esa forma?

—¿Qué te pasa, mujer? Yo lo siento tanto como tú —quiso apaciguarla su marido.

—¡Mentira, mentira! Jamás has sentido por Clif otra cosa que desprecio y asco. A regañadientes admitiste el darle tu nombre... solo porque querías hacerte con mi dinero...

—No sabes lo que dices.

—¡Lo has matado, tú lo has matado! Querías eliminarlo, que no te hiciera sombra...

—Vamos, señora Layer, no diga esas cosas.

La voz fría, desapasionada, de Devanson la serenó. Y se acurrucó, retiró a un rincón donde se puso a llorar mansamente. Perry, que se había puesto intensamente pálido, se rehízo. Y condujo a un extremo al médico.

—¡No puedo negar —que Clif no me simpatizaba especialmente. Pero de ahí a lo que ella ha...

—No se preocupe; entiendo muy bien lo que su mujer ha querido decir.

Sin aclarar demasiado el sentido de sus palabras, se dirigió a una mesita y comenzó a redactar el certificado de defunción. Martha, la doncella, apareció en aquel momento con gesto de susto.

—Señora —reclamó la atención de Dorothy—, he llamado a la puerta del señorito por si deseaba tomar alguna cosa y no me...

—Martha —fue Perry el encargado de darle la noticia—, desgraciadamente el hijo de la señora... nuestro hijo Clif, ya no necesitará tomar cosa alguna. Ha muerto.

A la pobre mujer se le abrieron los ojuelos azules y la boca al máximo. Seguidamente y para ponerse a coro con su señora dejó escapar un berrido y corrió a su lado, arrodillándose junto a ella.

—¡Ay, señora, señora, qué desgracia! Pero, ¿cómo ha podido ocurrir? Si hace un par de horas yo hablé con él y únicamente parecía tener fiebre. ¡Con lo bueno que era! Y lo que...

Se cortó y planteó en tono normal, práctico:

—¿Han llamado a la funeraria? Habrá que prepararlo todo. Voy a subir a...

Tanto Perry como el doctor se precipitaron en su dirección.

—Oiga, Martha —fue Devanson con su tono grave y confianzudo a la par el que la instruyó—, será preciso que esa misión se encomiende exclusivamente a los empleados de la funeraria. El motivo...

Volcó sobre su atribulada cabeza un montón de términos técnicos. Pero la doncella era correosa de entendederas y le miró con desconfianza.

—Para que lo entienda, Martha —se impacientó Perry—, aunque el señorito no ha muerto de esa enfermedad, podría ocurrir que se contagiara de ella. Por eso lo mejor...

Nuevas recomendaciones. Pero ahora Martha sí las captó en todo su significado. Y se apresuró a efectuar una serie de operaciones de limpieza, ya olvidada de su papel de plañidera. Fue más expeditiva que el doctor había indicado y enterró en el jardín los platos, cubierto y vasos que había usado Clif aquellos días. Y en la chimenea quemó sus ropas.

Por su parte, Devanson subió de nuevo a la habitación. No se había modificado el aspecto del cadáver. Le fascinaba clavar sus pupilas en la faz aquella, en los salvajes rasgos que habían desfigurado por entero los primitivos.

Con un gran esfuerzo se sustrajo a la morbosa contemplación y se dedicó a recoger todos los objetos de arte indígena, que metió en el saco de marino del propio Clifton. Luego, registró su maleta. Le temblaban los dedos al tocar las prendas que fue sacando y agrupando en un lado de la cama. Pero no halló la máscara de que el fallecido joven había hablado y que parecía provocarle un terror tan intenso.

Si tropezó con una cartera conteniendo algunas láminas con dibujos y un cuaderno. Hojeó este, y comprobó que era un diario. «Malikolo, 3 de junio. He discutido toda la mañana con el viejo Mamba tratando de convencerlo para que me lleve a la Isla Gimiente. El es, según parece, el único que es capaz de localizarla, pues por una especie de curiosa refracción de las rocas que la cercan no se la distingue durante el día en que es apenas una mancha brillante sobre las aguas. Y de noche...»

Acarreó todas aquellas pertenencias a la planta baja. Y le entregó el saco a la doncella para que lo hiciera desaparecer igual que el resto de las cosas.

—Quémelo también, Martha. Así estaremos razonablemente seguros.

Por lo menos lo estaban de que no se extendería una ola de pánico en la colonia. Porque incluso con un informe de la inocuidad del mal que atacó a Clifton, si alguien hubiera contemplado en lo que se convirtió su cara no se habría podido evitar.

Conforme se dirigía a su chalet, Devanson meditaba en la extraña coincidencia de que la monstruosa deformación recordara tanto a las máscaras aquellas dedos indígenas de las Nuevas Hébridas. Quizá no fuera sino eso, una mera casualidad. Pero no sería fácil que olvidara su alucinante expresión, la carga de maldad que emanaba de ella.

Como atraído por una fuerza superior, el médico se encerró en su despacho y estuvo leyendo el diario de Clifton. Lo hacía lentamente porque no entendía muy bien su letra. Por otra parte, existían algunos trozos

medio borrados o tachados adrede. Y algunas palabras se habían vuelto a escribir sobre otras.

«Malikolo, 5 de junio. Creo que Mamba accederá, por fin, a realizar ese viaje. Me ha costado un barril de ginebra, y una fenomenal paliza que le ha propinado Musky, el papua que me acompaña y que tiene la fuerza de un orangután al que, en cierto modo, se asemeja. Ha de ser con luna llena, por lo que tendremos que esperar aún una semana —empieza el día 10—. Dice Mamba que la isla es muy pequeña, una media milla en su parte más ancha, dominada por el pico central, que presenta una caverna en su lado Norte. Al subir la marea las aguas penetran en su interior. Sus moradores viven en las profundidades de ese monte y tan solo salen por la noche a pescar. Rehúyen la luz diurna porque son horriblemente feos...»

Lo que seguía estaba terriblemente alterado, con parte de la escritura cruzada. Devanson decidió suspender su apasionante lectura y reanudarla al día siguiente.

Se encaminó a su dormitorio. Tendría que levantarse temprano porque el entierro sería a primera hora. ¡Poca suerte tuvo el infeliz Clifton! Ya en su cuarto se acercó a la ventana y se asomó al exterior. Los escasos focos en algunas rotondas y avenidas dejaban densas zonas en la oscuridad o en una gran penumbra.

Siempre, incluso a la hora aquella, la colonia le había parecido un lugar tranquilo, apacible, donde la vida trascurría sin altibajos. Pero ahora el conjunto de suaves colinas, los bosquecillos, las torres de los edificios, se le presentaron con una apariencia distinta, sombría.

Tuvo un sobresalto al iluminar la luna, que surgió de entre las nubes, el espacio entre el chalet de los Layer y el suyo. En el sendero orillado de los dorados cipreses —que bajo aquel resplandor fulgían plateadamente—, le parecía distinguir a una figura que se deslizaba furtivamente. Y en un momento pudo ver su rostro, un rostro negro, contraído. Se oscureció de nuevo y todo se desvaneció.

El médico permaneció unos segundos sin separarse de la cristalera, con el corazón palpitándole violentamente. Poco a poco, se fue calmando. No estaba seguro de que hubiera sido realmente un ser; quizá uno de aquellos juegos de luces y sombras creados por el astro de la noche.

CAPITULO 4

TRAS el entierro, al que únicamente asistieron los padres de Clif, la doncella Martha y el doctor Devanson pareció renacer la calma y que el caso quedaba definitivamente liquidado. Realmente fue así todo aquel día y la noche.

Pero a la mañana siguiente la colonia se conmovió y se inició la serie de los más inauditos acontecimientos. El Terror, se instaló en sus dominios. El primer aviso vino de la vivienda de los Bastingly, los hermanos Ruth, Cora y Elmer, solterones, viejos y enormemente ricos.

La mayor, Cora, se había despertado con una fiebre altísima y una molesta tirantez en la piel de la cara. No tardaron en presentársele los síntomas de metamorfosis y oscurecimiento. Y el delirio. Elmer, el de en medio, fue el segundo en caer.

Devanson se presentó raudo, agitado. Y notó un violento vuelco en su corazón al darse cuenta de que era la misma enfermedad que había atacado a Clifton Layer.

—Doctor, ¿qué es, qué les pasa a mis hermanos? —se interesó Ruth, la menor—. Sus caras...

Era inútil intentar engañarla. La puso en antecedentes de lo sucedido con el hijo de los Layer.

—¡Santo Dios! ¿Quiere decir que van a morir? Pero si usted estuvo aquí anoche y los vio...

—Clifton Layer, Ruth, murió porque le falló el corazón, no de esa «cosa».

—¡Será preciso llevarlos a Boston, a que los vea algún especialista de la piel! ¡No podemos dejarlos así!

—Sí. Quizá sea lo mejor. Pero antes de eso tendrá que adoptarse algún acuerdo de carácter general.

—¿A qué acuerdo se refiere?

—Una denuncia a las autoridades sanitarias, más ahora en que se han dado estos dos casos nuevos, puede originar muchas molestias. De momento, la vida de sus hermanos no corre peligro, Ruth, se lo garantizo. Pero tal vez corran peligro otras muchas cosas. Se trata de una enfermedad nueva, cuyos efectos no podemos adivinar. Si la gente se entera de lo que ocurre aquí en la colonia, a lo mejor...

Dejó que la idea se infiltrara en la mente de la apergaminada señorita

Bastingly.

—Pero mis hermanos...

—Repito que de momento están bien... fuera de ese enmascaramiento repugnante y que posiblemente desaparezca en igual forma que ha surgido.

—¿Lo cree de veras, doctor?

El médico eludió la respuesta. Y aquella misma tarde, en la asamblea que se convocó en su propio chalet, con la ausencia de Perry Layer que ya no pudo oponerse, planteó el problema de los representantes de casi todas las familias presentes en aquel momento en la «Aurea Hills».

—Puede que sea una falsa alarma, que el mal carezca de importancia. Pero es cosa que no estoy en condiciones de asegurar en estos momentos. Recomiendo que conservemos la calma, que no nos dejemos llevar por el pánico. He enviado a Boston una muestra de tejido contaminado procedente del rostro de Clifton Layer y espero que me envíen su informe.

—¿Y no sería mejor, doctor, abandonar la colonia, huir de este foco de contaminación?

La pregunta había partido del ex-Senador Douglas Pharpen, que asistía en compañía de su hija Chatty. Se rumoreaba que en las próximas elecciones quizá recuperara el escaño, para lo que había movilizado toda suerte de recursos, entre ellos el encanto de su heredera que practicaba una intensa vida social.

—Cualquier huida de aquí en estos momentos sería un suicidio. Senador —explicó pacientemente Devanson conservándole el título por cortesía—. Aparte de que, antes de que nos la apliquen las autoridades sanitarias, debemos nosotros mismos establecer una cuarentena y evitar que el posible contagio se extienda fuera de los límites de «Aurea Hills». Mientras, intentaremos averiguar la clase de enfermedad que sea y hallar el remedio adecuado.

—¿Qué sucederá entretanto con los hermanos Bastingly? —quiso saber Eva Dylke, la ex-actriz.

—De común acuerdo, con el señor Layer —reveló el médico—, hemos habilitado el edificio que se destinaba a templo, en la explanada de Ginkgo, y que no llegó a terminarse... porque no se suscribió por completo la emisión de bonos de la Benéfica Sociedad promotora.

Algunos asistentes se removieron, inquietos, en sus puestos. Entre ellos, Perry Layer, que figuraba como secretario de dicha Sociedad.

—Será nuestro Hospital —continuó Devanson desarrollando el tema—. Y montaremos a su alrededor una vigilancia con objeto de impedir que ningún curioso, ajeno a la colonia, pueda sorprender el secreto. Allí estarán bajo observación los Bastingly... y espero que solo ellos.

Reflexión final que hizo circular entre el grupo un aire sepulcral.

—¡Y por favor juramentémonos para que esto no trascienda de «Aurea Hills»! No ya por las autoridades, sino por la gente de la ciudad e incluso

de las otras ciudades.

—¿Qué pretende insinuar, *doc*?

—Pues que no me fiaría nada de la reacción de ciertos sectores de la población, cuando llegaran al convencimiento de que se trata de un mal contra el que no existe remedio actual y de tan terribles y rápidos efectos... capaz de transformar en monstruos a quienes ataca.

—¡Oh, Dios, no!

Era la ex-actriz quien se había llevado las manos a la cara como si ya sintiese en ella la espantosa corrosión.

—En mi opinión, nuestra situación no es tan desesperada... siempre que estos casos no evolucionen a peor. Y que no sean muchos más los que se produzcan.

—Pero, ¿tan horribles son esas «máscaras», doctor?

Antes de responder, Devanson semejó meditar.

—Para que no duden en la necesidad de seguir a rajatabla las medidas que hemos dicho, voy a mostrarles algo.

Se dirigió a una puerta situada a un lado, de la escalera y la abrió. Dos personas, un hombre y una mujer, se mostraron en el marco, como si hubieran estado todo el tiempo allí, esperando y escuchando. Cubrían sus cabezas con unos velos espesos. Devanson, con un enérgico ademán, los desprendió y puso al descubierto lo que tapaban.

Hubo un movimiento general de retroceso y se oyeron varias exclamaciones de horror. Indudablemente no era un espectáculo agradable el de aquellas informes cabezotas, con los semblantes de bestias humanizadas, impregnados de un sensualismo y una agresividad insufribles. Y con aquel color oscuro, del fondo de los tiempos, y el unto amarillento.

—Estos son Elmer y Cora Bastingly —presentó Devanson—. ¡No los rehúyan! Hemos de ayudarles. Y ayudarnos todos. Nuestros intereses, la conservación de esta colonia e incluso nuestra libertad y hasta nuestras vidas, dependen de que estemos de acuerdo y no permitamos a nadie que meta sus narices en esta cuestión.

Cerró la puerta ocultando a los desgraciados hermanos.

—¿Y por qué... por qué ellos no han muerto, doctor?

—Ya los han visto. El proceso febril ha desaparecido... aunque no la deformación. Clifton, como ya he dicho, no murió de esta enfermedad, sino de un fallo al corazón, posiblemente por su debilidad y el agotamiento que le produjo el viaje desde Oceanía hasta aquí. Pero no hay peligro por ese lado.

La asamblea tocó a su fin. Bajo la sensación de un sino catastrófico, aunque aún sin haber descargado, igual que cuando los cúmulos tormentosos ennegrecen el cielo, se fueron retirando los desconcertados miembros de la colonia.

Únicamente quedó rezagada la maestra, Chloë Fandon. Alta, de porte estatuario, con el pelo inmensamente negro peinado hacia atrás y recogido en una cola y los grandes ojos de un gris verdoso, sugería la armonía y la serenidad del mundo clásico, pidiendo como fondo las columnas del Partenón.

—No sé, Oscar —modulaba las palabras con un énfasis especial—, si he asistido a un encuentro entre personas normales o he estado en una pesadilla. ¿Es cierto cuanto se ha dicho aquí?

—¿Acaso no has visto a los hermanos Bastingly?

—Sí. Y no acabo de convencerme de que sea real. Y ese pobre Clifton... Pero hay un aspecto de la cuestión que no entiendo. ¿De veras vamos a ocultar estos hechos a las autoridades sanitarias y al público?

—¿Qué sugieres tú?

—¡Oh, vamos, Oscar, no es posible que hayas expresado semejante cosa en serio! Es preciso denunciar una monstruosidad así enseguida, alertar a cuantos puedan investigar y atajar este mal.

Devanson la observó en silencio, admirativamente.

—Esperaba algo así de ti Chloë —manifestó—. Pero, ¿has pensando en la colonia?

—¿Qué tiene que ver la colonia con eso?

—Soy médico, Chloë, y te aseguro que estoy aterrado. No sé de qué enfermedad se trata. Jamás había visto algo parecido, ni leído en ningún manual de medicina. ¿Te das cuenta? Lo primero que hará Sanidad será establecer un cordón protector alrededor de todo este sitio. Pero si se dan más casos y ante la duda, ordenarán destruir «Aurea Hills» y yo no se lo reprocharía. Es como... la invasión de otro mundo, algo amenazante, brutal.

—Palabras. Y aún me das la razón. Justamente si encierra tanto peligro, conviene que quienes tienen medios y poder para enfrentarse con ello lo sepan y actúen cuanto antes. Pero, ¿qué puedes hacer tú... con tus medios?

—No lo sé. Pero yo no puedo tomar esa responsabilidad sobre mí, Chloë. Se trata de familias enteras, de sus hogares, que están amenazados. Y un paso que, tal vez, no sea enteramente necesario, puede acabar con todo ello. A lo mejor, en unos días, la situación cambia.

La mujer sacudió despectivamente su noble cabeza.

—Es absurdo. Y solo pensando en que tú sientas amenazada tu posición aquí y te resistas, por ello, a la intervención de las autoridades, comprendo lo que dices. ¡Pero si no lo haces tú, yo iré y denunciaré el caso!

Y lo haría, de eso no cabía la menor duda. Devanson suspiró, resignado.

—Espera hasta mañana, Chloë —pidió—. Quiero esta noche repasar unos documentos que tengo de Clifton y que me pueden aclarar algo de

esta enfermedad. No seas tan... radical. Si fueras cirujano, tú cortarías siempre por lo sano.

El gesto despreciativo se mantuvo todavía en los plegados labios de Chloe. Luego, encogió sus hombros.

—Está bien, Oscar —concedió—. Pero solo esta noche. No puede prevalecer el que toda esa gente quiera conservar sus «preciosos» chalets y sus jardincitos contra un interés superior, del bien público. Aunque no entiendo cómo el temor de caer también enfermos no les impulsa a gritar para que se sepa enseguida, para que vengan y lo revisen todo. ¿No es mucho peor el estar expuestos a ese contagio?

—Sí. Para los que aún no han sido contagiados. Mas ¿y los otros? ¿Cuál será su destino? ¿Internados para toda la vida en un Hospital, señalados como monstruos por la sociedad? ¿Cómo podemos saber que no caeremos mañana, también nosotros víctimas de esa horrible cosa? ¿Y qué será de este sitio y de todos nosotros entonces? Lo arrasarán y seremos malditos, condenados a una siniestra prolongación de nuestras existencias.

Chloe lo contempló, impresionada.

—Pero tú mismo has dicho, Oscar, que no sabes la clase de enfermedad que sea. Quizá pueda curarse...

—Sí. Y también puede que no. Lo único que yo sé es lo que he visto, lo que han presenciado mis ojos. Y la inutilidad de cualquier remedio conocido contra ello. Y justamente de lo que se trata es de buscar ese remedio antes de que vengan y quieran destruir a este lugar, considerándolo como apestado.

—Lo siento; no me convences, Oscar. Ante un peligro como el que se encierra en lo sucedido, todos debemos preferir el que se adopten las medidas que sean, por molestas que resulten. Nadie puede elegir el ser un monstruo con tal de salvar su vivienda y un trozo de terreno.

Añadió con acento definitivo:

—Sólo esta noche; recuérdalo. Adiós, Oscar.

Y se ausentó con su largo paso de instructora de gimnasia —entre otras cosas—. El médico permaneció un rato como clavado en el lugar donde lo había dejado. Y, por fin, se estremeció y fue a cerrar la puerta de la calle. Con lentitud ascendió a su cuarto y se dejó caer en un sillón, en el que estuvo varios minutos inmóvil, pensativo.

A continuación, tomó la carpeta que contenía el diario de Clifton Layer.

CAPITULO 5

MALIKOLO, 10 de junio. Hemos salido esta noche, pero antes de que la luna iluminara el calmo mar. No me fio mucho del viejo Mamba, que está medio borracho. Tusky lo vigila, presto a zurrarle al menor intento de engañarnos. Por fin, la luna llena se presenta y nos enseña la ilimitada extensión de agua salada, en la que destacan las sombrías masas de las islas que ya conocemos.

»Nos vamos separando de Malikolo, adentrándonos en el océano. Mamba entona una melopea que me ataca los nervios, pero prefiero dejar que cante. Quizá el viejo ahuyenta así su miedo, además de con el alcohol. Yo estoy impaciente por saber si la leyenda acerca de la misteriosa Isla Gimiente encierra algún atisbo de verosimilitud.

»Ha comenzado a producirse un raro fenómeno. Oímos como una música lejana, un sonido quejumbroso que se eleva y desciende, ondula. Mamba intensifica su canto. Empiezo a sugestionarme. ¡Si fuera verdad! Cuentan que en esa pequeña y misteriosa isla se refugió una tribu huyendo de otra más poderosa. Transportó sus riquezas al interior del monte que se alzaba en su centro y que constituía casi todo el terreno, pero temerosos de que, pese a ello, los descubrieran, se tatuaron las caras con una pintura especial hasta desfigurárselas por completo y se convirtieron en unos seres horribles, cuya presencia bastaba para hacer huir al más osado enemigo.

«Además de aquello, durante el día estaban siempre en el interior de las grutas y solamente se atrevían a salir de noche a pescar. Lo que me atraía como es lógico, era aquel tesoro de que hablaban. Mamba ha cesado de cantar. Y se vuelca sobre la borda señalando al frente. Clavo mis ojos en el horizonte, pero no distingo nada. ¡Sí! ¡Ahora sí! Una pequeña mancha, apenas como la aleta de un tiburón. Pero crece conforme nos aproximamos. Y la música, el lamento también...»

Devanson suspendió la trabajosa interpretación de la escritura y enderezó su cabeza, sobresaltado. Le había parecido oír unos gritos en el exterior. Esperó unos segundos. Y un penetrante chillido hizo vibrar la negra campana de la noche. Esta vez no había duda. Se llegó a la ventana y atisbo por el cristal.

Entre las filas de cipreses del camino vio a dos figuras, que se recortaban nítidamente bajo el claror lunar. Una mujer caída en tierra y la de un hombre que se inclinaba sobre ella. Pero ese debió oír algo

sospechoso porque se irguió y volvió la cabeza. El médico notó que se le paralizaba el pulso. Se apresuró a retirarse y lanzarse hacia el piso bajo.

Aquella cara... u hocico, pues más tenía de eso, no era como los que se le habían formado a Clifton Layer o a los hermanos Bastingly, sino mucho más odioso, inmundo, repugnante.

Sin pensarlo, salió del chalet y corrió hacia aquel punto. Pero el monstruo, o lo que fuera, había desaparecido. Con precaución se acercó a la figura femenina. Otras personas acudían. Perry Layer y Emil Luftanson, el gemelo.

Se arrodilló junto al cuerpo yacente y le dio la vuelta, aunque ya sabía quién era: Chloe Fandon. No presentaba heridas ni magulladuras, por lo que dedujo que estaba simplemente desvanecida, cosa que comprobó en su muñeca. ¿Y qué hacía en aquel sitio y a la hora aquella? Un olor singular hirió su nariz, como el de alguna planta exótica, y en su memoria pugnó por abrir una galería, algún recuerdo.

—¿Qué... qué ha sucedido? Hemos oído...

Se levantó y encaró con los dos hombres, a los que escudriñó con fijeza.

—Alguien atacó a la señorita Fandon —dijo—. Un individuo con un aspecto muy especial. Juraría que casi como el de los atacados por ese extraño mal.

—¡No! ¡Eso es imposible!

Chloe se agitó y lanzó unos gemidos, señal de que recuperaba el sentido. El doctor la ayudó a quedar sentada. Lo miró con extravío y, súbitamente, se echó a llorar y se refugió en sus brazos, que se cerraron con presteza alrededor suyo.

—¡Oh, Oscar, ha sido horrible! Ese... ese ser...

—Ya ha pasado, Chloe; no pienses más en ello. Olvídalo.

La hermosa maestra se separó de él con un fuerte tirón. Sus ojos centelleaban ahora.

—¡No pienso olvidarme jamás! Escucha; ¿qué es lo que deseas de mí?

—¿Eh? ¿Por qué dices eso?

—Me mandaste llamar. Querías comunicarme algo muy importante. Al menos, eso dijiste por teléfono.

—¿Yo? Chloe, me temo que la impresión recibida...

Definitivamente la joven se puso en pie y se plantó en actitud desafiante delante del médico. Los otros dos personajes asistían, asombrados, a la escena.

—¿Vas a negar que llamaste por teléfono y que hablaste con mi compañera Moira?

Pero antes de que Devanson respondiera debió descubrir la asociación que existía entre aquella llamada y el ataque sufrido.

—¡Vaya! ¿Ha sido una trampa, eh? Mas ¿por qué? ¿Y quién era... ese

monstruo?

La voz del médico se elevó con una inflexión de profunda inquietud.

—Chloe, ¿lo viste bien?

La mujer tembló.

—Sí. Tenía una cara así... como la de esos Bastingly que nos mostraste. Pero más...

—¿Qué?

—Bien; como más viva. Era... era semejante a la de una enorme alimaña... un repugnante mono gigantesco, solo que su expresión era humana... ¡Humana, no! Demoníaca. ¡Eso es! La cabezota hirsuta de un demonio... tal y conforme se nos describía de pequeños a los demonios.

Sus palabras obtuvieron un dramático silencio por parte de sus oyentes. Lo rompió Layer que aparecía muy pálido.

—¡Todo esto es absurdo! —exclamó—. Estamos en un país civilizado, no entre salvajes disecadores de cabezas y brujos.

La referencia a los salvajes tuvo la virtud de conmocionar a los demás. Habían comprendido lo que deseaba dar a entender.

—Oscar, ¿qué significa todo esto? Insisto en que deberíamos avisar de lo que sucede a la policía y a Sanidad. El señor Layer lo ha definido muy bien: es absurdo. No podemos aceptar en esta época la presencia de seres que representen fuerzas desconocidas o poderes infernales. Algo se oculta ahí.

—Quizá sí, Chloe. Y en contra de tu opinión se refuerza mi idea de que debemos intentar aclararlo nosotros. En cuanto Sanidad y la policía intervengan, esto se convertirá, de verdad, en un infierno. Por favor, te ruego que vuelvas al pabellón y que no salgas hasta mañana bajo ningún pretexto. Emil, acompaña la.

—Sí.

—Layer, usted y yo realizaremos una descubierta por estos contornos, por si encontráramos huellas de ese individuo.

Nadie se opuso. Emil y Chloe se alejaron en dirección al Centro Cultural donde ella y Moira Karsteen se alojaban en uno de sus pabellones. Perry Layer y el doctor emprendieron la búsqueda propuesta por el segundo.

—Deberíamos... deberíamos tener algún arma —insinuó el administrador de la colonia—. Ese ser, quienquiera que sea, no parece tener buenas intenciones.

—En efecto. Pero somos dos. Y dudo mucho que sea agresivo ese sujeto.

—¿Cómo puede afirmar eso? Ha atacado a la maestra.

—Hum. Si la hubiera atacado de verdad le habría causado algún daño. En realidad, ella se desmayó por el susto. Mi idea es que se trata de un pobre infeliz, atacado de esa rara enfermedad, que ha querido, quizá,

entrar en contacto con ella para así, llegar hasta mí.

—Me parece un procedimiento complicado y difícil. La verdad es que todo esto lo es. Sin embargo, su teoría quizá se ajuste a los hechos.

—Ha de ser así, Layer. Justificaría, además, esa llamada telefónica.

Charlaban para aflojar su tensión. Pero no estaban muy convencidos de lo que decían. Caminaron, primero por el sendero, luego bajo los pinos, pero no hallaron rastro del misterioso atacante.

—Desvanecido —comentó Layer—. Si es un enfermo, como usted asegura, tendría que aprovechar esta ocasión para acercarse.

—Puede que lo hayamos asustado nosotros. Y por fuerza ha de estar asustado de sí mismo.

Rebasaron una suave loma y descendieron por una vereda que conducía al hotel de la ex-actriz Eva Dylke. Y fue al acercarse al seto formado por rosales y boj que servía de límite a su jardín, cuando Layer percibió aquel bulto en el suelo.

—¡Eh! Parece como si fuera...

Devanson se situó a su lado. Aquella parte quedaba en sombra y no se distinguía bien lo que fuera. Extrajo de su bolsillo entonces una linternita y proyectó su delgada haz.

—¡Maldita sea! Es el perro «dálmeta» de Eva —se exasperó Layer—. Y está...

Horrorosamente destrozado. Le habían machacado y medio arrancado la cabeza. Le faltaba una pata delantera y un trozo de costado. Los dos hombres notaron una violenta náusea.

—¿Cree que será obra de...? —planteó el administrador, balbuciente.

—No lo sé, Layer. Pero cualquiera que lo haya hecho es una mente desquiciada.

—¿Y no cree que quizá fuera lo más conveniente... visto esto, hacer caso de la sugerencia de la señorita Fandon y avisar a la policía?

La respuesta de Devanson se demoró unos segundos. No apartaba su vista, como fascinado, de los sangrientos restos del pobre animal. Luego, la dirigió al frente.

—Tal vez, Layer, pero me temo que sea demasiado tarde.

—¿Por qué dice eso?

Sus ojos siguieron la orientación de los del médico. Y se le reveló la alta figura apostada entre dos troncos de pinos. Se fijó en su cabeza y el corazón le saltó como si fuera a soltarse de las arterias y venas que lo sujetaban. Porque era la persona, o la bestia, o el ente infernal, que iban buscando.

Los rasgos de aquella «máscara» poseían una carga tal de perversidad, de odio y ansia de destrucción, que confundía las ideas, las ponía en fuga como a ratas por agujeros y túneles imposibles.

—¿Cómo... quién...? —logró articular el aterrado administrador.

La extraña, terrorífica aparición dio un paso hacia ellos. Y, de pronto, oyeron su voz, áspera, chirriosa, igual que un corro de aullidos de perros enloquecidos, y chillidos de alcaudones apresados.

—¡Míos! ¡Seréis todos míos! ¡Y me obedeceréis! ¡Ninguno escapará a mí poder!

Layer fue incapaz de resistirlo. Una nube negra, espesa, invadió su cerebro. Y ya no vio ni oyó nada más. Cuando abrió los ojos se encontraba en el mismo lugar, solo que tendido en tierra y con Devanson a su lado, tratando de reanimarlo. Se incorporó con su ayuda.

—¿Qué... qué ha sucedido? ¿Y ese...?

—Se ha ido, Layer. Dijo una serie de sandeces y se retiró de un salto. Yo lo hubiera seguido, pero no quise dejarlo aquí.

—Pero... usted lo ha visto, doctor, y lo ha oído. Es...

—Reconozco que no es para invitarlo a una fiesta... aunque fuera de disfraces. Pero sigo creyendo que se trata de un enfermo. Lo que ocurre es que, además, se ha vuelto loco.

El administrador se levantó del todo. Y giró la cabeza a su alrededor con expresión de intenso miedo.

—¡No, no, doctor! No es un enfermo. ¡Es otra «cosa»! Fue el maldito Clifton quien to trajo. ¡Y acabará con todos nosotros!

—Vamos, no haga caso de sus amenazas. ¿Cómo podría conseguir una cosa así?

Pero no tardaría en conocer la respuesta. Porque ante su estupefacta mirada el rostro de Perry Layer, el padrastro del hombre que había introducido, efectivamente, en «Aurea Hills» al Terror de la Máscara Inmunda, inició una rápida, fulminante transformación. Y se fueron perfilando los rasgos simiescos y el oscurecimiento de la piel...

CAPITULO 6

VARIOS casos más de la extraordinaria y asquerosa enfermedad se declararon aquella misma noche y al día siguiente, Perry Layer, George Orbitzer, el ex-Senador Douglas Pharpen, el chico de los Troydo... Y Chloe Fandon. Cuando Devanson se presentó a reconocer a esta, llamado por su compañera Moira que le aguardaba trémula, experimentó un brutal choque.

Era ella, aunque tan solo la reconocía por su remota mirada, pero el resto de su bello rostro, deformado, caricaturizado hasta lo grotesco, le infundía un desquiciamiento mental.

—¡Oscar, OSCAR! —gimió la mujer—. ¡Ayúdame, ayúdame!

—Caro que sí, Chloe. Te prometo que daré con la causa de esta enfermedad y que volverás a estar como antes... tan bella como siempre...

Pero era igual que si le dijera a la peluda testuz de un animal.

—¡Hazlo, hazlo, Oscar! Y, por favor, que nadie me vea así. Escóndeme.

Devanson recordó la conversación que había mantenido con ella la noche anterior, su firme decisión de denunciar lo que ocurría en la colonia a las autoridades.

—Sí, sí, Chloe. Cálmate. Te llevaré con los otros... de momento. Es la única forma de que no se enteren en la ciudad de lo que sucede aquí. Y mientras seguiré analizando, investigando... Espero el resultado de esa muestra que envié a Boston.

—Oscar, ¿y eso que hablan de lo ocurrido con el perro de Eva Dylke... y la aparición de el monstruo? ¡El mismo que me atacó anoche... que seguramente me contaminó!

Aquel era otro aspecto de la cuestión. La noticia del descubrimiento del perro masacrado se había corrido por todo el conjunto residencial y con ella una ola de miedo que encerraba en sus viviendas, cuantos todavía no habían contraído el mal.

El médico le explicó a Chloe su teoría acerca del enfermo enloquecido, pero comprendió que ella no le hacía caso.

—Estás tratando de tranquilizarme, Oscar, pero yo sé que ese monstruo existe. Lo vi, me llegó su hálito azufroso, de bestia carnicera.

Un poco a literatura barata sonaba aquello, pero era comprensible. Su enamorado procuró calmarla. Con un tupido velo echado sobre su cabeza, la sacó de allí. Moira, una esbelta pelirroja, los despidió, acusando en su

aspecto de preocupación, la repugnancia que sentía.

—Moira, tendrás que encargarte durante algún tiempo de los asuntos del Centro —le indicó Devanson—. Ya te tendré al corriente de la evolución de la enfermedad de Chloe... y de cuanto suceda. A la gente de la ciudad que venga, infórmele que Chloe estará ausente por algún tiempo. Es necesario que nadie sospeche.

Porque en aquello residía lo más complicado de la operación. La menor indiscreción daría lugar a que la fantástica historia pasara a dominio público. De momento, el personal que subía de Stockholm a rendir determinados servicios o con encargos diversos, admitía como buenas las explicaciones que se le daban.

Pero, naturalmente, les intrigaría en cuanto aumentasen las ausencias. Lo más difícil era guardar el secreto sobre la utilización del templo baptista sin terminar como refugio de los contaminados. Pero se obvió colocando una vigilancia rondante. Grupos de parejas recorrían las proximidades como si paseasen, pero siempre listos a intervenir si algún curioso intentaba penetrar en su recinto.

Que se componía de una amplia nave central y otras varias laterales con algunos cuartos anexos. El resto era lo que faltaba por construir, así como el acondicionamiento interior. Por los rincones había montones de ladrillos y piedras y sacos de cemento. Por suerte estaban colocadas las vidrieras. Aun así, y puesto que no tenía colocado el equipo de calefacción, el frío era intenso y tuvieron que encender unas estufas a cuyo alrededor se congregaban los reclusos, con sus rostros tapados con velos, si bien poco a poco fueron prescindiendo de ellos, como acostumbrados a verse.

—Doctor —Perry Layer salió a su encuentro; su voz sonaba estridente, alterada—, ¿cuánto tiempo habremos de estar en esta situación?

Los demás se acercaron también y los rodearon. Eran ya doce en aquella situación, incluyendo a Chloe.

—No lo sé, Layer —respondió. Experimentaba un raro frío en su piel—. Espero que me contesten de Boston y me envíen ese análisis.

—Pero eso aceptando que esto sea consecuencia de una enfermedad. ¿Y si no fuera eso, doctor? ¿Se olvida de la aparición que nos amenazó?

—Ya le expliqué lo que yo pienso acerca de ello. Mientras no se demuestre lo contrario, lo que ustedes padecen es un desconocido proceso de degeneración de la piel que cambia sus facciones y las oscurece.

—¡Que nos convierte en unos monstruos! —gritó Chloe—. ¡Oh, no lo podré resistir!

Devanson estuvo callado unos instantes.

—Me pregunto —expresó lo que pensaba—, si después de que este mal se ha propagado, continúa siendo prudente el no dar cuenta a las autoridades... como tú me exigías ayer, Chloe. Estamos arriesgando el que esto se transforme en una epidemia, en algo que puede destruir no solo a

nuestra colonia sino a toda la Humanidad. ¿No creen que lo mejor sería denunciar lo que pasa?

Se elevaron todas las voces protestando. Y la de Chloe era la de tono más alto.

—¡Eso sería tanto como condenarnos para siempre! ¡Nos recluirían!

—¡Declararían zona contaminada a toda esta región y la colonia se hundiría irremediabilmente!

—¡La gente de la ciudad creería que somos unos apestados y vendrían a destruir «Aurea Hills»!

Devanson insistió:

—¿Pero acaso no sería eso lo mejor? ¿Puede tener algún atractivo vivir así... convertidos en monstruos?

Tras una suspensión en la que todos contemplaron al médico con rabia, Layer asumió la defensa.

—De lo que se trata, doctor Devanson, como ayer mismo usted decía, es de encontrar el remedio. Ganar tiempo. Y no entregar nosotros mismos, estúpidamente, el esfuerzo de tantos años a cualquier acción irresponsable. Mientras permanezcamos en este estado, usted tendrá que representarnos y dirigir los negocios de la comunidad.

El doctor estuvo tentado de negarse. Le hubiera gustado gritarles que aquellas «máscaras» pronto serían sus auténticas facciones, que su apego a las propiedades, a los bienes y el amor por sí mismos era lo que les afeaba de aquel modo. Aguantarían de «monstruos» antes de permitir que nada suyo fuera destruido, aunque tal destrucción supusiera atajar el mal de que eran víctimas.

—Está bien —se resignó—. Lo haré. Pero tendrán que entregarme unos poderes o autorizaciones para actuar en sus nombres.

—Los tendrá —aseguró Layer.

Los dejó organizándose para pasar el tiempo. Era increíble, pero pronto se acostumbrarían y tratarían de acomodar sus pensamientos y sus aspectos. Claro, que tal vez alguna conciencia se rebelara, si bien después de comprobar la rápida mutación padecida por la de Chloe no cabía confiar en aquello. El curso de sus ideas le condujo a evocar el tiempo en que los leprosos eran apartados, sentenciados a quedar fuera de la comunidad. ¿Si hubieran podido no serían ellos quienes se impusieran a los sanos obligándoles a la contaminación?

Pero aquello dependía de que se materializara el terrorífico poder encarnado en la «máscara» y que posiblemente, ellos estuvieran deseando que fuera una realidad pronto. ¿O acaso en el corazón de los hombres no es el miedo el deseo de que lo gobierne el Horror y la Maldad?

En su chalet le esperaba la enfermera, Mabel, y presta para irse.

—Doctor, le han avisado de otros cuantos, de estos chalets; ahí tiene la nota. Oiga: ¿qué sucede? De repente, parece que todo el mundo ha

decidido caer enfermo.

—Nada. No tiene importancia. Coincidencias, para casi todos los casos no revisten gravedad.

—¡Vaya! Menos mal. También ha llamado un tipo muy extraño. No le entendía apenas. Causaba la impresión de que era un perro intentando hablar.

El doctor notó un descenso en su interior.

—¿Y qué deseaba?

—Pues por lo que saqué en claro venir a verle. Yo le dije que estaba usted de visita y que llamara más tarde.

—Gracias, Mabel. Puede irse ya si gusta.

Pasó por su lado sin darle el acostumbrado empujoncito y ella le arrojó una desconfiada ojeada. Luego, se encogió de hombros y salió. Devanson cerró y subió a su cuarto. Aunque estaba muy cansado, cogió la carpeta que contenía el diario de Clifton y se dispuso a leer.

«Malikolo, 10 de junio. Por fin hemos puesto pie en la Isla Gimiente. No nos había mentido Mamba. Es un promontorio rocoso, una enorme roca que coge casi todo su centro, rodeado de una estrecha franja de playa. Sin árboles, únicamente unos míseros arbustos espinosos. ¿De qué vivirán sus habitantes... si es cierto que los hay? Ahora el sonido gimiente, como el llanto de muchas criaturas, se ha desvanecido. Dice el viejo que ese sonido lo produce el viento al entrar por las galerías que cruzan el montículo y que los convierten en una enorme caja de resonancia.

»Avanzamos con mucha precaución hacia la entrada de la caverna en la parte Norte. De repente, Mamba se arroja al suelo y dice que no dará un solo paso, más. Me doy cuenta de que el viejo está realmente aterrado, próximo al colapso. Tusky ya va a suministrarle una ración de su medicina, pero le hago desistir y que lo deje. Después de todo, ya no nos es muy necesario. Su papel ha terminado.

«Los alrededores de la entrada demuestran que en efecto, existe gente que la utiliza. Se hacinan allí montones de raspas de diversas clases de peces. Y otras muestras inequívocas de la presencia humana, ya que el comer pescado no es privativo de ella. La abertura se prolonga por un oscuro túnel del que escapa un viento cálido, que arrastra olores mezclados y ninguno bueno. A pescado podrido, a sudor agrio... Miro a Tusky y me pasma que no refleje la menor emoción. Es un auténtico mogote.

«Me decido a penetrar en aquel antro infecto. Avanzo seguido del fiel papua y recorremos unas cincuenta yardas por el negro corredor rocoso. De repente, aquel camino se corta y desemboca en una enorme gruta. Inexplicablemente puedo ver todos sus detalles ya que flota sobre las paredes como una fosforescencia verdosa. Y el olor a pescado podrido se acentúa hacia la vomitona.

»Caigo rápidamente en la explicación de aquella luz: se trata de la

propia descomposición del pescado. Pero en realidad eso me importa poco. Son los seres que se alinean, en cuclillas, pegados a las paredes. Pequeños, raquíuticos. Pero sus cabezas son enormes, peludas. Y sus caras... ¡Cristo en los infiernos! Son unas «máscaras» como las que suelen fabricar por estas islas, solo que modeladas en la misma carne, vivas.

«Esta vez Tusky ha perdido algo de inalterabilidad. Mi primer impulso también ha sido huir, pero me domino. Ya me habían prevenido de cómo eran los moradores de la Isla Gimiente. Y si aquello había resultado cierto, ¿por qué no la parte referente al tesoro? Hay otra razón para que no me vaya. Fijándome mejor en los acurrucados, que no se han movido de sus ridículas posturas, registro el detalle de la estolidez, el embotamiento de sus miradas.

»O están drogados o la depauperación los tiene sumidos en aquel sopor. De ahí que nuestra presencia no los haya conmovido. Me acerco a uno de ellos y lo contempló a unas pulgadas solo de distancia. En efecto; está como dormido. Recorro la fila y compruebo que el fenómeno es general. Tusky —el papua me mira interrogativamente—, estos desgraciados están a punto de perecer de inanición. Y me parece que no vamos a conseguir que nos informen de lo que queremos. Tendremos que buscarlo nosotros.

»Pero cuando nos dirigimos al fondo de la gruta, donde se abre otra negra boca, se produce un hecho que nos paraliza y nos sobrecoge de terror. Los aparentemente inconscientes salvajes comienzan a agitarse, a despertar. Y de sus deformes bocazas brota una especie de aullido que identifico como el que oímos al aproximarnos a la Isla. Tusky se ha quedado tan helado como yo.

»Y es entonces cuando se presenta en aquel espacio, Sheene, la sacerdotisa del culto a Wacú...»

CAPITULO 7

EPHZIBAH Mäel, doncella negra en casa de los Orbitzer, quedó muy asombrada con el cambio padecido por su anciana señora, Muriel, a raíz de haber enfermado su marido y habérselo llevado el doctor Devanson para someterlo a tratamiento.

No entendía cómo era posible que habiéndose pasado todo su tiempo, al menos desde que ella entró a prestar sus servicios en la casa, en un continuo lamento por no haberse ido ya de este mundo, pudiera ahora sentir un miedo tan enorme a caer también con aquel mal. Y, sobre todo, con setenta y seis años sobre sus huesos achacosos.

La verdad era que Heph poseía una gran ingenuidad respecto de muchas cosas. Para ella, por ejemplo, no cabía la menor duda de que tras la desgracia que se abatió sobre aquel matrimonio, ya hacía unos cuantos años, al morir el único hijo, la mujer y los dos nietos en un accidente de aviación, estaba perfectamente justificado que ninguno quisiera continuar viviendo y que acogieran con alegría lo que precipitara su fin. Ellos lo manifestaban así a cualquiera que se parara a oírlos. Y el más insignificante detalle que les recordase el fatal suceso los hundía sin remedio en el pozo de la desesperación.

Pero he aquí que la consumida Muriel Orbitzer temblaba y gemía, pero no por los motivos de siempre, sino por el temor a presentar los síntomas que llevaron a su marido al improvisado sanatorio.

—Heph, querida Heph, dime la verdad: ¿me notas algo raro en el rostro?

—No, señora. ¡Y qué manía! Está tan arrugado y pachucho como siempre.

—No sé, no sé. Voy a llamar al doctor. Me siento el pulso alterado... Heph, dame el termómetro.

—¿Y por qué no se lo deja puesto todo el rato?

A la negra Hephzibah le permitían aquellas insolencias porque era trabajado a, buena cocinera, y de una insultante juventud y belleza. Ella tampoco lo sabía, pero a los Orbitzer les encantaba el tenerla como a un sinsonte oscuro, canta que te canta, porque aquello les hacía olvidar su propia ruina material y moral.

Pero aquella misma simplicidad inducía a Heph a considerar que los

hechos no se producían por causas naturales, corrientes, sino que eran simplemente consecuencia de la acción de fuerzas ocultas, poderosas. Especialmente si se presentaban con algún carácter extraordinario. Y, como era muy natural, creía en brujos y en encantamientos y estaba impregnada de supersticiones de todo tipo.

Utilizaba talismanes y fetiches, desde la pata de conejo a ciertas bolsitas con polvos prodigiosos. Ewan Thorze, su novio, un mozo de su misma raza que trabajaba de mecánico en la ciudad y solía subir a la colonia a visitarla algunas tardes, se burlaba de ella, si bien no acababa de arrancar de sí sedimentos de aquello mismo.

Pero la realidad era que luchaba bravamente por librarse de todos sus temores y hacérselos perder igualmente a Heph.

—Todo eso de los hechizos y de los talismanes, niña, no son más que los remedios a nuestro atraso, a nuestra incultura. Hemos admitido desde siempre que todo lo que sea algo complicado y difícil únicamente podía hacerse por medio de conjurar a los demonios y que los brujos eran quienes podían llevarlo a cabo, desde curar a un enfermo a predecir si iba a llover. Pero yo te digo que todo esto que nos rodea, y que es más poderoso que todas las magias, está hecho por los hombres, los hombres blancos eso sí, pero que también podemos hacerlo nosotros.

—Entonces, ¿tú no crees en los zombies?

—¡Claro que no!

Pero a Heph no llegaba a convencerla. La joven aceptaba que las máquinas, incluso las más perfectas, fueran obra de los hombres. Pero, ¿no era acaso cierto, que los pájaros decían cosas que los oídos humanos no sabían desentrañar? ¿Y por qué los gatos hacen cosas tan inexplicables?

Ella no había visto a su señor después de que el doctor Devanson llegó apresuradamente a la casa y lo sacó de ella para curarlo. Por eso no tomaba muy en serio las aprensiones de la vieja Muriel. Pero cuando fue a entregarle su taza de tila en el salón y se acercó al sillón que ocupaba frente a la chimenea, la helada garra del Terror la atrapó y en su mente se levantaron todos los fantasmas de un pasado de tinieblas, de opresión y hambre.

Aquel rostro ennegrecido, no con su rico color de chocolate, sino un negro sucio, grasiento, y la alucinante gesticulación de alimaña encadenada, era algo, sin duda, capaz de hacer saltar la mente más equilibrada. Pero dentro de su miedo, Heph lo halló natural. Y tuvo fuerzas para aproximarse a la «cosa».

—¡Ay señora, que es verdad que se le ha puesto la cabeza tan rara como las que vi una vez en un museo!

En la temblequeante boca de la «máscara» estallaron unos sonidos duros, cortantes, tal que ásperos chillidos de ratas enloquecidas.

—¡Corre! ¡Corre! Avisa al doctor Devanson... Dile... dile...

Pero ya Heph había salido corriendo y se descolgaba el teléfono. Tuvo suerte y cogió al médico cuando se disponía a salir para hacer otras visitas.

—¡Doctor, venga enseguida! A la señora le pasa una cosa muy rara... como si le hubieran echado alquitrán y huevos podridos por encima de la cabeza... Le digo que es una maldición...

Y regresó al trote junto a la «contaminada» señora Orbitzer. Heph clavó sus pupilas en la horrenda carátula.

—Alguna maldición... eso es. Un demonio que la ha castigado... a lo mejor por tanto decir que no le gustaría vivir... después de lo que le sucedió a su hijo y a sus nietos...

La transformada Muriel farfullaba palabras ininteligibles en aquel tono chillón, rasposo. Cuando entró Devanson, la negra se dedicaba a quemar unas hierbas en un brasero y a soplar el humo sobre la atacada.

—¿Qué haces, mujer? —se escandalizó el galeno.

—Arrojar de ella los malos espíritus... Porque ha tenido que ser uno de ellos quien la ha debido poner así...

—¡Déjate de tonterías! Esto es una enfermedad de la piel... y nada más. Ahora, tendré que llevarme a la señora Orbitzer junto con su marido... hasta que se curen...

—¿Y una enfermedad de la piel hace que se le ponga ese cabezón de enano de feria?

—Bien; los efectos de este virus son muy espectaculares. Pero no hay nada extraño en ello. ¿Comprendes?

Pero Heph recordó, de repente, lo oído acerca de aquel perro de la actriz Eva Dylke y de cierto extraño sujeto al que se le había visto entre los árboles. Indudablemente, en su opinión, era mucho más lógico que aquella espantosa deformación se debiera al poder de un demonio que no a un virus... que estaba por ver que existiera.

—Sí, señor —asintió.

El doctor no se quedó tranquilo. Y una vez que preparó convenientemente a la vieja para conducirla al templo habilitado de hospital, llamó a un aparte a Heph y la aleccionó.

—Heph, te repito que esto es normal y no el resultado de algún maleficio. Pero no conviene que se enteren los de fuera de aquí... de la colonia. Hay otra cosa y es que tú vas a quedarte ahora en esta casa como la única persona al frente de ella. Debes decir a cuantos se interesen por tus señores que han ido a pasar unos días con unos parientes.

Heph le escuchaba con mucha atención, pero Devanson se marchó con la convicción de que la doncella negra no podría resistir el propagar el terrible acontecimiento que había presenciado. Y lo haría porque aquello confirmaba su fe en que el mundo no era el resultado de unas fórmulas matemáticas sino que tenía su origen en algo mágico y sobrenatural, como lo era cuanto componía la coloreada sinfonía de lo diario.

Sólo que se produjo entonces un nuevo hecho que, si bien acabó de convencerla, le obligó a sellar sus labios.

La «máscara» se le presentó aquella misma tarde. Y aunque ella se asustó en cierto modo la satisfizo también, ya que en su interior había decidido que necesariamente tenía que existir. Y era tal y como ella imaginaba que debería ser un demonio.

Alto, delgado hasta lo esquelético, embutido en un traje negro ceñido, con aquel cabezón picudo y la expresión de babuino rabioso. Surgió a su lado súbitamente, en la cocina, como si hubiera estado allí siempre, esperándola. Y la luz comenzó a oscilar y se redujo hasta crear una penumbra.

—Hephzibah Mäel —habló la aparición y su voz arrancaba de las paredes unas resonancias metálicas. A la nariz de la morena alcanzó un olor singular, a fruta o flor tropical—, he venido por ti... Vas a ser la intermediaria entre mi poder y los habitantes de esta colonia... Tú me ayudarás a tenerlos dominados... ¿Estás dispuesta?

Heph se sintió inundada de una profunda emoción. Era un gran honor el que le hacía aquel ser, pero no estaba muy segura de que quisiera aceptarlo.

—Más, ¿por qué... por qué yo? ¿Y qué... qué les va a pasar a ellos...?

La «Máscara» dejó oír una carcajada seca, restallante.

—Ellos me adorarán —explicó—, porque se verán reflejados en mí. Sus caras serán espejos en los que yo me contemplaré. Y se sentirán felices con mi presencia porque así continuarán siendo dueños de todo esto.

—¿Y sus cabezas seguirán igual... como se les ha puesto a mis señores?

—¡Ese es el signo de mí poder! Y por esa fealdad monstruosa estarán para siempre ligados a mí. Saben que si no aceptan lo que yo les ordene, haré que los demás se enteren de cómo son, quedarán expuestos a las miradas de todos. Y tendrían que ser reclusos y separados de la comunidad.

Como Heph no era tonta captó algo raro en la explicación.

—Pero, ¿es que no lo están ya? Con esas caras no pueden vivir en sociedad...

Al estrafalario personaje aquello le hizo reír de nuevo.

—Así es, Hephzibah. Pero a ellos no les importa tanto su aspecto, como seguir mandando. Y si fuera una enfermedad tan solo se notarían desamparados, sin justificación para no sacrificarse por los demás, pero conmigo se crecerán, admitirán incluso que son superiores a los restantes humanos.

La joven reflejaba en sus bellos rasgos que no entendía palabra. «Máscara» volvió a reír.

—Ya sé que tú no lo comprendes, pero es igual. ¡Tendrás que ayudarme! ¡Tú, Hephzibah Mäel! serás la sacerdotisa del nuevo culto!

iniciarás a los no contaminados para que ellos representen a los que no pueden mostrarse a la luz pública...

El acento se volvió más chirrioso, cargado de malignidad. Y Heph se estremeció, experimentó el tirón irresistible de sus antepasados. La amenazadora figura se aproximó a ella, ya percibió con mayor fuerza el acre olor a especie y a cubil.

—Esta noche vendré por ti, Hephzibah. Y te conduciré junto a esos hombres y mujeres que serán los primeros fieles del culto a Wacú, el Señor de la Fealdad del Mundo. Y tu nombre será Sheena, su sacerdotisa...

Se inclinó más sobre ella. Los ojos de fiera carnícera encendidos con la llama de una furia inextinguible, se le hundieron hasta lo más profundo de su corazón. Heph no dudó que la «Máscara» encerraba el Mal, su potencia destructora, semejante a como las nubes están cargadas de electricidad. Sí; el Mal era una fuerza de la Naturaleza que se hallaba lo mismo en los seres vivos que en las cosas, que flotaba sobre los mares y en el ramaje de las selvas tupidas.

¿Cómo resistirlo si la había elegido para que le sirviera de mediadora? Notó que su voluntad se anudaba poderosamente con la de aquel semblante odioso, que aunque lo desease no podría sustraerse a su dominio. Y de repente se vio envuelta, succionada, sacudida y que era marcada como una pertenencia, que su carne se corrompía y se volvía de la sustancia de aquella «cosa».

Un poco más tarde, Ewan, el mecánico de Stockholm, llamó a la puerta para hacerle la acostumbrada visita. Y le impresionó el aspecto de la muchacha, ausente, entenebrecido.

—Oye, Heph, ¿qué diablos te ocurre? ¿Has visto algún fantasma?

Heph tembló violentamente. Y ahora su bello rostro manifestó sobresalto.

—¿Eh? ¿Por qué dices eso? ¿A qué has venido?

—¿A qué he venido? ¿Pues acaso no vengo un día sí y otro no? ¿Estás enferma?

—¡No, no! Escucha, Ewan; me duele la cabeza y tengo mucho trabajo. Otro día charlaremos.

El mecánico la examinó con desconfianza.

—Está bien; no te preocupes. Oye, ¿y tus señores? He notado como si «Aurea Hills» se hubiera quedado medio vacía. ¿Acaso...?

—¡Vamos, lárgate, Ewan Thorne! No pasa nada. Mis señores han ido por unos días a Boston a visitar a unos parientes.

—¡Ah! ¿Estás sola entonces? Pues razón de más para que me permitas quedarme aquí contigo.

Pero al observar el gesto de su amada se abatió en retirada. Y se alejó del chalet con la convicción de que no marchaban bien sus relaciones, o era que a Heph le estaba ocurriendo algo muy raro.

CAPITULO 8

A Ewan no le gustaba la negrura ni la soledad. No la negrura de su piel, que esa la toleraba muy bien, sino la de fuera, la de la noche oscura, sin luna, o con esta surgiendo por entre los árboles, como un espectro ensangrentado,

Le constaba que las sombras no encerraban en su seno nada que no fuera lo que luego la luz revelaba como seres y cosas normales. Pero de lo más hondo de su conciencia se desenroscaban los agentes del Terror, los demonios, los zombies, los reptiles que hablan y las ratas de siete cabezas.

Sólo que como un ejercicio, convencido de que era preciso que venciera a los enemigos aquellos que acechaban en su propio cerebro, se imponía el quedarse a solas incluso en un cementerio en la más profunda tiniebla. Y castañeándole los dientes con las rodillas flojas, a punto de caer desfallecido, pero aguantaba.

Aquel día, tras su conversación con Heph, decidió que se quedaría en la colonia y trataría de descubrir la causa de su cambio. Deambuló un rato por entre los hotelitos. Como le había dicho a Heph, ofrecían un aire sombrío, de abandono. Apenas si vio a cualquiera de sus moradores.

Rápidamente la tarde despeinaba su endrina cabellera y la extendía y enredaba por los caminos y entre los árboles. El intenso gorjeo de los pájaros reintegrados al acogedor claustro verde se fue acallando. Y al recorrerse el párpado del firmamento y mostrar la huera pupila lunar, los chotacabras emitieron su lúgubre canto.

Ewan caminó sigilosamente con el vello erizado, y el corazón palpitándole locamente. No sabía qué era lo que trataba de descubrir ni la razón de encontrarse en aquel sitio. Tan solo su sospecha de que Heph no se comportaba como siempre. El conocía muy bien a la gente de su raza y estaba en condiciones de señalar, con un error de millonésima, la clase de perturbación que aquejaba a la hermosa doncella de los Orbitzer.

Era aquel característico estado de trance, de medio alucinación de cuando creían haber entrado en contacto con algún poder de los que rigen el oculto designio de las vidas, esas vidas indignas en las que todo es arbitrario y quedan a merced suya.

Al cruzar un bosquecillo el joven se detuvo y reprimió su impulso de echarse a correr. Un rumor de voces llegó a sus oídos como si proviniese del centro mismo de unos troncos de pinos. Sujetando firmemente las

riendas de su miedo se acercó al punto de donde partían. Y se le hizo inteligible parte de la conversación.

Decía una voz en tono contenido, impaciente:

—No debías haberla atacado.

—¡Al diablo con ella! No había otro remedio. Era preciso hacerla callar.

—Pero atacarla de ese modo...

—¿Estás preocupada por ella, no? Vamos; no te atormentes. Esa carne fresca será para ti.

En el aire se elevó el aleteo de una risa agria, repelente. Y la misma estruendosa y dura garganta añadió:

—Esta noche será la ceremonia en el Templo. Ya verás cómo todo sale bien. En el fondo todos esperan que algo de eso ocurra y están psicológicamente preparados. ¡Seremos los dueños de «Aurea Hills»!

Tras cuyo grito de triunfo las voces se extinguieron. Ewan no se atrevió a moverse aún. Al cabo de un par de minutos se trasladó del pino tras el que se había apostado y salió al sendero. Dio unos pasos aproximándose a una mancha de claridad del satélite terrestre. Y cuando iba a trasponerla, vio a la «Máscara» que pasaba en dirección contraria.

¡Aquella cabeza! Ni en la más escalofriante pesadilla se hubiera podido concebir. Enorme, bamboleana, con las protuberancias deformantes, la masa pilosa crespada y el sucio color negro azufroso... Semejaba que se estremecía toda a cada paso que daba el monstruoso sujeto.

¿De dónde había salido? ¿Y qué ceremonia era esa a la que aludía? Sin proponérselo, el joven mecánico relacionó aquello con el infrecuente modo de recibirlo poco antes su novia (o al menos era lo que él esperaba que fuera).

Con súbita decisión se encaminó al chalet de los Orbitzer. Le acompañaba en su recorrido el recuerdo del aberrante ser que había visto y un hielo agudo se le colaba hasta el tuétano. «Si lo he visto y lo recuerdo es porque es real —soliloqueaba—. Claro, que también recuerdo a veces cosas y hechos que he soñado. Pero ahora estoy despierto, así que no era una imagen de un mal sueño. ¡Santo Dios, qué visión!»

El chalet donde trabajaba Hephzibah se encontraba silencioso y sin ninguna luz. Sobreponiéndose, Ewan empujó la cancela y avanzó hacia la entrada. Estuvo un rato tratando de asegurarse de que no se oía nada. A continuación pulsó el botón de llamada y escuchó el musical dindón en el interior. No hubo contestación. Aguardó, pero tuvo que aceptar que la casa estaba definitivamente vacía o a Heph le había ocurrido algo grave.

Sin dudarlo, realizó una inspección alrededor de la construcción y localizó lo que buscaba. Un cobertizo donde se guardaban herramientas y un cuadro de llaves e interruptores de electricidad. Encendió la luz que alumbraba el recinto y comprobó, sorprendido, su escasa potencia. Revisó aquellos mandos y supo rápidamente la causa: alguien había manipulado

allí.

En un rincón se abría un portillo que comunicaba con la casa. No tuvo necesidad de forzar la cerradura, porque ya se había encargado de ello algún otro allanador. Así que se coló por allí y recorrió la morada. Su visita de inspección no dio resultado: Hephzibah no estaba. Con mayor alarma aún volvió al jardín. ¿Dónde podría haberse ido?

Hizo un repaso mental de cuantos datos poseía hasta el momento. No se hubiera preocupado tanto de no haberse tropezado con la «Máscara». Pero no era posible que olvidara a la criatura infernal aquella. Se trataba de un elemento que introducía un corrosivo en el ambiente capaz de generar los hechos más extraordinarios.

Y estaba la conversación cuyo fragmento tuvo la suerte —o la desgracia— de oír. ¿Qué habían hablado de una ceremonia y de un Templo? En «Aurea Hills», no había ninguno. De repente acudió a su memoria la operación de aquella Sociedad Benéfica que patrocinaba la erección de uno de la Iglesia Baptista. Sólo que la idea no cuajó por falta, tal vez, de celo apostólico o porque a los habitantes de la colonia les pareció que ya estaba bien con los de Stockholm.

Se orientó hacia donde recordó que se iniciaron las obras, en la zona Norte, en la colina del Ginkgo. Conforme subía y bajaba por aquellos caminos alfombrados de las hojas de castaños y álamos, contrastaba la lobreguez del conjunto de edificaciones, la opresiva atmósfera. Distinguió a algunos de sus moradores, encogidos, presurosos.

Los malditos chotacabras continuaban con su concierto. Y unos perros aullaron desde distintos puntos. Dentro de Ewan crecían los deformes, contrahechos duendes que representaban los pavores de su niñez, que se hundían en el tiempo.

Pero su pensamiento se enfrentaba con la legión de fantasmas, los obligaba a replegarse, aunque enseguida reemprendían su lenta, inexorable marcha.

* * *

Se daba cuenta de que luchaba, en realidad, contra falsas criaturas infernales impuestas, que necesariamente se desarrollaban en los mares tenebrosos y en los confines desconocidos, siempre límite de su ignorancia, de la ignorancia de su pueblo, que enmascaraban tras la apariencia de demonios y sus agentes los brujos, a los poderes y fuerzas que de verdad le amenazaban.

Sólo que ahora ya no estaban en el corazón de una espesa selva, inermes, con solo un arco y una lanza para combatir, sino en la ultrapoderosa nación que situaba a hombres en la luna. Y aunque les negaran su total participación, la verdad era que formaban parte de ella,

que aquel esfuerzo científico y técnico, gigantesco, era también obra de ellos. Y Ewan se sentía animado a no dejarse arrebatar aquel puesto de nuevo. Y tampoco permitiría que se lo quitasen a Hephzibah, la chica de la que estaba enamorado.

Ella todavía no comprendía sus razones, vivía en la convicción de que el mundo fabuloso que la rodeaba le era tan ajeno como las interioridades de un hormiguero. Y que nada valía oponerse a los espíritus que lo hacían posible.

Desde el borde de la alameda que rodeaba la glorieta o claro donde se había empezado a edificar el Templo, Ewan atisbó atento a cualquier indicio que le confirmara que era allí donde iba a tener lugar la ceremonia a que se habían referido las voces que oyó poco antes.

Pero todo estaba silencioso, oscuro, fuera de la claridad lunar que destacaba espectralmente las piedras, las columnas y arcos. Furtivamente, con todos sus sentidos agudizados para captar la menor cosa sospechosa, el joven se escurrió hasta los muros. En el recorrido se preguntó por qué no se habría colocado en aquel lugar uno de los focos que a trechos se cuidaban de iluminar la colonia.

Lo que se había construido era el cuerpo central y los anexos, aunque sin la torre, en un estilo moderno. Se le había formado como una plataforma de piedra y esta circundada de una verja. También se le habían colocado las vidrieras.

No le fue difícil al joven negro rebasar los barrotes aquellos y caer en el patio interior. E inmediatamente de hacerlo escuchó pasos y rumor de conversación y se tendió en el suelo, tembloroso. Una pareja de individuos cruzó la placeta por aquella parte, caminando despacio.

—... Me gustaría saber lo que pasa ahí dentro.

—Ya nos han dicho que tendremos ocasión de participar en otra ocasión.

—¡Claro Pero si no fuera porque no resisto el ver las caras de los que están ahí dentro... Oye; se puede entrar fácilmente por la parte de la sacristía. Esa puerta...

Se perdieron al doblar por un lado de la Iglesia. Ewan, lleno de funebres premoniciones, se dirigió a donde aquellos vigilantes habían dicho: la sacristía que supuso estaría por la fachada posterior. Dio rápidamente con la puerta que se abría junto al ábside. La empujó y notó un desfallecimiento al comprobar que se vencía suavemente permitiendo ver el interior en penumbra. Se coló en el desnudo, desmantelado cuarto y fue a probar en la siguiente hoja de madera que se le interceptaba.

Un angosto pasillo que comunicaba con la nave central, cerca de donde tendría que instalarse el altar. Y nada más pisar en él los oídos de Ewan se llenaron de un canto salmodiado, doliente, y sus pupilas con el reflejo oscilante de unas velas en las altas paredes y en las vidrieras. Era un efecto

tétrico, alucinante, y el negro estuvo un rato imposibilitado de moverse.

Luego, con un esfuerzo increíble de su voluntad se sacudió aquella escarcha de miedo y avanzó hasta el borde del corredor. Justo en aquel punto se alzaba un pulpito con una corta escalerita, lo que dejaba un espacio donde se introdujo y asomó la cabeza por entre los barrotes de la barandilla.

Allí estaban. Hasta veinte horrendos sujetos de aquellos con las cabezas simiescas, mansamente sentados en unas filas de bancos. Con sus rostros ennegrecidos, aburujonados, y los gestos a medias entre la idiotez babeante y el furor irracional.

Frente a ellos, en el hueco del fondo, se erguía la «Máscara». Y a su lado, envuelta en una túnica blanca que ceñía sus esculturales formas, Hephzibah, la doncella negra de los Orbitzer, la dulce, sabrosa, bella muchacha por la que él, Ewan Thorne, estaba allí, espiando.

CAPITULO 9

MALIKOLO, 10 de junio. Sheena es hermosa y su rostro de una perfección asombrosa, dentro del corte típico melanesio. Viste un faldellín y un sujetador (no sé si lo he dicho antes, pero aquí dentro hace un calor infecto). Se adelanta con un movimiento ondulatorio que sugiere el paso de una bailarina hawaiana. Su presencia es la que ha provocado la agitación de los repelentes cabezones.

«Recorre la fila y les arroja unos pescados de un cesto que transporta a la espalda. Se lanzan a cogerlos como focas hambrientas y los devoran con fruición. Luego, Sheena se sitúa en el centro de la caverna e inicia una danza que ellos corean con su cántico y dando unas rítmicas palmadas. Con gran admiración mía, veo que Tusky se ha unido al acompañamiento. Cuando termina el baile, la mujer les reparte unas bolsitas con unas hierbas. Se las introducen en las informes hendiduras por las que tragan y las mastican con frenesí.

«Enseguida vuelven a su postura de antes y a su somnolencia. Tusky también se suma a esa parte de la ceremonia. Y se adormece como los otros.

«Sheena viene entonces a mí lado. Y me contempla con un brillo especial, irónico diría yo. Parece como si fuera la primera vez que se diera cuenta de mi presencia. “Has venido por lo del Tesoro —me dice, utilizando un correcto inglés—. ¿No es verdad?”

«Mi asentimiento es mudo. Estoy reflexionando en lo que parará todo esto. “¿Conoces la leyenda? —me habla de nuevo—. Para salvar sus riquezas prefirieron venir a esta isla y encerrarse dentro de la Montaña. Y transformarse en estos espantosos enanos que ves”.

«“Pero el tesoro existe” —era lo único que me interesaba—. “Es posible que así sea”. “¿Dónde, dónde?” La he sujetado por los brazos y la zarandeo. Ella me mira larga, enigmáticamente. “Ahora —me contesta—, deben quedar ya para siempre en este lugar. Los que iban tras ellos, para quitarles su fortuna, ya no existen. Pero ellos no pueden dejar de ser así de feos y repugnantes. Porque eligieron adorar a Wacú, el Dios de la Fealdad...”

»“¿Y el Tesoro? Si han estado siempre así tendrán que haberlo conservado, pues no han podido gastárselo en nada” “Es cierto. Su Tesoro se conserva íntegro, guardado por Wacú, que es medio dragón y medio

mono. Yo soy su mediadora, la que les transmite sus órdenes y los alimenta. Yo, Sheena”

«“Todo eso está muy bien. Pero oye: si vives aquí tendrás que saber dónde guarda el Tesoro, ¿no es cierto? Pídeme lo que sea a cambio. A ti tampoco te puede servir”. “Wacú lo cuida, Wacú lo protege. Él tiene todo el poder de la Fealdad”.

«La referencia a Wacú me impacienta. No trato de analizar por qué ella había escapado de aquella regla de la Fealdad monstruosa, solo que era la única que podía señalarme el camino hacia la riqueza que ansiaba. Tampoco me fijo en el absurdo escenario, aquella cueva volcánica, casi prehistórica.

»“¡Vamos, condúceme a dónde está el Tesoro!” —apremió—. “Sí; te llevaré hasta él. Pero no puedes poseerlo si no adoras a Wacú. Ven, acompáñame”.

«La he seguido a través del agujero por el que ella apareció. Recorremos una estrecha galería que da varias vueltas. Luego, parece que el camino se intercepta, pero Sheena se aprieta, de costado, contra un lado y desaparece, casi mágicamente, por allí. La imito y compruebo que es un saliente disimulado, un reborde en forma diagonal tras el que continúa el paso.

»No se prolonga mucho más allá. Desembocamos en otra gruta, más baja de techo, pero que se extiende al fondo sin que se alcance a ver el final. Un rumor sordo y una especie de golpes que se repiten a intervalos viene desde allí. Reconozco también como un frescor que suaviza la alta temperatura de aquellas profundidades.

«La disposición de aquella oquedad también es distinta. En un lado (debo decir que aquí la iluminación se encomienda a una lámpara aunque de grasa de pescado) se ha arreglado un a modo de gabinete o cámara galante, con un lecho de pieles y unos cajones que soportan unas cabezas de las que fabrican con hebrecho arborescente. También cuelgan de la pared contra la que este “retrete” se apoya más máscaras y unos escudos. La decoración no puede ser más desagradable.

»“Deberás consagrarte a Wacú. Él te recibirá, te hará de los suyos y a cambio te garantizará la posesión del Tesoro. ¿Quieres de verdad tenerlo, que Wacú te lo haga sentir?”. “Sí; lo quiero”. “Está bien; Wacú va a venir. Pero él no puede soportar a las personas con sus rostros normales. Tendrás que cubrirte con una «máscara»“.

»Doy mi conformidad. Supongo que todo forma parte de uno de aquellos ritos, de las innúmeras prácticas religiosas de los indígenas de las islas, que a cualquier cosa rinden culto; incluso conocía a una tribu que había entronizado a una vieja bota de explorador hallada no se sabía dónde. Sheena se inclina sobre mí. “Cierra los ojos, descansa”.

«Contra toda mi voluntad me siento dominado por un profundo sopor.

Y noto en el ambiente, superponiéndose al nauseabundo olor a pescado podrido, el de un fuerte aroma de especias, de plantas exóticas. Una serie de imágenes grotescas cruzan por dentro de mis párpados, máscaras de aquellas que se animan y guiñan, se contraen horriblemente...

«Lentamente me recupero. Y lo primero que siento es un terrible ardor en la piel del rostro y como si lo tuviera enormemente hinchado. Me lo palpo y compruebo en efecto que se ha deformado de una forma espantosa. Sheena me observa con fijeza curiosa de felino.

«“¿Qué me has hecho, maldita?” le grito. “Vamos; cálmate. Únicamente te he puesto en condiciones de que veas a Wacú. Este te dará lo que tanto ansias. Ven”. Se levanta y se dirige hacia el fondo donde suena constantemente aquel fragor. Conforme avanzamos hacia aquel punto voy reconociendo de lo que se trata: el mar. Son las olas que chocan contra las rocas.

«Pero antes de alcanzarlo penetramos en una redonda cavidad en cuyo centro se abre lo que semeja el brocal de un colosal pozo. “Escucha; asómate al borde de ese cenote y estate atento, porque la faz de Wacú se te hará visible. Él te hablará y te dirá dónde está lo que deseas”.

«Receloso, angustiado por la sensación quemante y la deformidad que noto en mi cara, la obedezco sin embargo. Me arrastro hasta el filo de la charca (¿por qué lo habrá llamado “cenote” como los sagrados de los Mayas?) y miro hacia el fondo. Una bocanada fría, pestosa, asciende del abismo y está a punto de desvanecerme. Noto una mancha brillante, oscilante, como de alquitrán, o el inmenso ojo de un pulpo.

«Poco a poco se va iluminando el lóbrego recinto. Se trata de una masa de agua negra, repleta de cadáveres de peces descompuestos. Y en la superficie de un tono indescritiblemente horrendo, como un plomo impuro, incrustado de manchas necrosas, se perfila una efigie.

«Me invade un frío, un helor de vacío, de quedarme convertido en un caparazón nada más. ¡Aquellos rasgos horribles! Tienen, conservan algo de humano, pero como reventados, permitiendo ver un conjunto de fetos, de molas que insinúan terribles estragos, representación de todos los vicios, de todos los males. Y envolviéndolos, una sutil membrana de odio, de violencia demencial, de maldad sanguinaria.

«Me retiro con un movimiento brusco, instintivo. Y al hacerlo la imagen aquella se desvanece. Entonces, arrastrado por una inmensa sospecha, vuelvo a asomarme y surge inmediatamente frente a mí. ¡Soy... soy, yo mismo! ¡Es mi cara la que veo reflejada! Y al tiempo que hago este descubrimiento, hiere mis oídos la risa agria, afilada de Sheena.

«“¡Estúpido! —oigo su voz por encima de mí y al fondo donde el agua del océano bate incansablemente—. El Tesoro está hundido en ese pozo, bajo miles de toneladas de restos de peces muertos y podridos. ¡Nadie te lo arrebatará! Y tú serás, junto con esos otros pobres idiotas de allí fuera, el

guardián que asustará a cualquiera que intente quitárselo. ¡Wacú, el Dios de la Fealdad te saluda y te da la bienvenida!”»...

El doctor Devanson dejó el manuscrito a un lado y alzó la cabeza. Se sentía ligeramente mareado y con la sensación de algo opresivo, como si la atmósfera del cuarto se hubiera comprimido o alguna gigantesca flor estuviera retrayendo una carga de oxígeno de ella.

Escudriñó en la penumbra que se formaba más allá del círculo de luz creado por la lámpara bajo la que leía. Pero no descubrió nada anormal. Se retrepó en el sillón y estuvo un rato con el pensamiento ocupado en lo que había sabido por el diario y en la relación que tuviera con los acontecimientos de la colonia.

Le intrigaba especialmente la forma en que la «Máscara» se había podido introducir en aquel lugar. Era absurdo cuanto estaba sucediendo, pero no podía negarse a la evidencia. Aumentaban los hombres y mujeres contagiados, convertidos en espantosas carátulas.

Incluso Chloe Fandon, aquella admirable mujer de la que él estaba enamorado. ¿Recobraría su belleza? ¿Y en qué pararía todo aquello?

De repente, estuvo seguro de que lo observaban. La densidad del aire, el aura irrespirable aumentó insoportablemente. Se volvió y, en efecto, allí estaba. La misma figura alta, desgarbada, vestida de negro y la pavorosa cabeza bamboleante, que les salió al paso el día antes de cuando descubrieron el perro destrozado de la señora Dylke.

CAPITULO 10

LA «Máscara» hizo un gesto y la cantinela de los «contaminados» cesó. En la desnuda nave, con el olor a materiales de construcción, iluminada por unos largos cirios y por el resplandor lunar que se colaba por las vidrieras, el cuadro resultaba escalofriante.

Lo que volvía todo de una irrealidad estrafalaria eran las cabezas animalizadas, las «máscaras». Pero con ser repulsivas las de los «fieles» no tenían par con la que se les enfrentaba.

—Esta noche —les discursé con su áspera, difícil articulación, que recordaba la de una bestia carnicera que con sus cuerdas vocales consiguiera expresarse en lenguaje humano—, celebraremos el acto de iniciación de algunos de los que servirán de intermediarios. Ellos serán los que se relacionen con los «otros», y así podremos mantenernos seguros, conservar nuestras posiciones... Y dedicarnos a las prácticas de lo que verdaderamente somos, de nuestra Fealdad... que es la que ahora está en nuestros rostros...

Ewan escuchaba todo aquello y miraba a los presentes en la gran sala con una vaga sensación de fiebre, de no ajustarse sus sentidos a los objetos, sino recibirlos como a través de una neblina. Pero lo curioso era que, de vez en cuando, rompiendo aquella cortina deformante, le llegaba con absoluta nitidez lo de fuera y entonces tenía que aceptar que eran seres «reales» y que vivían al tiempo que él.

—Los rostros que estáis acostumbrados a ver en los «demás» son engaños, las verdaderas «Máscaras»... La naturaleza las ha preparado así para cumplir sus fines... como convierte en bellas mariposas a repugnantes gusanos... Pero la verdad, nuestra verdad, está en lo interno, en lo que ahora llevamos por fuera. Nuestros deseos, nuestras pasiones, el miedo y el odio... Por eso yo voy a haceros conocer la «realidad»...

Lo que siguió estuvo a punto de enloquecer al joven mecánico negro. Necesitó recurrir a todas sus reservas de valor, de raciocinio, para no comenzar a lanzar alaridos, y correr fuera de allí. Confusamente intuía que era, en cierto modo, un ataque a sus conocimientos, a su incorporación a la civilización y que lo devolvía a su mundo de sombras, de misterios, de conjuros de los brujos, y de invocaciones a las fuerzas desconocidas que regían la existencia.

Quizá lo que le mantuvo firme, aterrado, pero consciente, fue el que

Heph estuviere siendo utilizada de instrumento por la «Máscara», el estar seguro de que ella era una víctima de aquellos mismos miedos primarios contra los que él luchaba.

Los «iniciados» fueron el joven Emil Luftanson, la ex-actriz Eva Dylke y el doctor Devanson. Fueron introducidos allí en un estado de automatismo, como hipnotizados o dormidos por alguna droga. Y tendidos en unos improvisados túmulos, cubiertos con paños negros.

—... La vida es así, cruel, despiadada... La Humanidad ha montado una farsa sobre ella, embelleciéndola, poniéndole «máscaras» que ocultan las entrañas desgarradas... palpitantes... Yo voy a iniciar en el verdadero culto a estos seres...

Ewan fue incapaz de resistir más. Se irguió violentamente, dispuesto a intervenir e impedir aquel acto inicuo. Pero no se acordó de que encima de su cabeza tenía la pesada mole del pulpito contra el que su cráneo chocó con fuerza. Quedó inconsciente y cuando volvió en sí el amplio espacio estaba vacío.

Por unos instantes dudó si no habría soñado, pero el propio sitio donde se hallaba y la presencia de las tres tarimas así como las de la más pequeña le demostraban la realidad.

Consultó en su reloj; casi hora y media había transcurrido. Con profundo desconsuelo por no haber podido evitar la participación de Hephzibah en la descabellada ceremonia, no quiso seguir investigando más en aquel sitio. No tuvo dificultad en abandonarlo, empleando el mismo sistema que al entrar.

Y conforme se alejaba de la glorieta su mente hervía de pensamientos encontrados. De todos ellos extrajo unas cuantas conclusiones. La primera, que no podría ir a la ciudad y denunciar lo que acababa de presenciar, porque lo tomarían como a un loco, con posibilidad de que lo encerraran (con posibilidad que adquiriría categoría de certeza teniendo en cuenta su piel negra).

La segunda, que era preciso que hablara con Hephzibah, que la despertara y convenciera de que le habían hecho caer en una trampa. Más, ¿qué trampa? No cabía duda de la existencia de la infernal criatura, la «Máscara». Y tampoco de que todos aquellos miembros de la colonia habían contraído un mal terrible que los había convertido en monstruos...

Pero aunque su naturaleza le incitaba a considerar todo aquello en un plano prodigioso, su despejado cerebro le seguía estableciendo, con rigor implacable, que en alguna parte tenía que esconderse, por fuerza, el truco. Por ejemplo; ¿en qué forma les había sobrevenido aquella modificación de sus rasgos a los habitantes de «Aurea Hills»?

Tomó la suave pendiente que rodeaba el chalet de la ex-actriz Eva Dylke. Sin acertar con el motivo, el curso de sus ideas derivó hacia la mujer aquella y lo que había oído acerca de su historia. Unos veinte años

atrás fue bastante célebre en el teatro y en el cine. Pero se aficionó demasiado al *whisky*, hasta el punto de que tuvieron que recluirla en un Centro de Rehabilitación para Alcohólicos.

La soltaron a poco, aparentemente curada. Y comenzó a intentar recuperar su puesto, pero ya todo había variado y ella no interesaba. Conoció entonces a un promotor de viviendas con el que se casó. Y no le fue mal durante un par de años. Pero a raíz de aquello volvieron las dificultades.

Otra vez la bebida. Y los grandes escándalos. El marido murió en un accidente y dejó su fortuna a la hija, Prudence, de su primer matrimonio con el disfrute de una cantidad por la madre... en tanto que estuviera con ella. Y aquel chalet en «Aurea Hill». Ahora, desde hacía algunos años arrastraba una existencia con grandes altibajos, pero con la habilidad suficiente para contenerse en el límite justo y continuar aguantando al lado de la hija a la que —eso decían las malas lenguas—, sometería a una refinada y cruel dominación.

Como si su mente tuviera el poder de atraer a las personas que evocaba, el denso silencio de aquella parte de la colonia se quebró entonces y Ewan, con un nuevo susto que anotar por su víscera cardíaca, escuchó una serie de gritos provenientes de aquel chalet.

Y a poco distinguió a una figura que cruzaba el jardín corriendo, atravesaba la verja y avanzaba en su dirección. En la puerta de la vivienda, surgió otra persona que se puso a chillar.

—¡Prudy, Prudy! ¡Vuelve! ¡No seas loca!

La muchacha, que vestía solo un skijama, tropezó con el joven negro al que estuvo a punto de derribar. Él la sujetó. Y al revolvérsele entre los brazos rozó su cara. Por unas milésimas de segundo no la arrojó de sí como a un caimán que le hubiera caído encima.

—¡Déjeme, déjeme! —pronunció Prudy roncamente—. Ella quiere llevarme al Templo... con los otros... pero yo no quiero... no quiero...

—Cálmese, señorita Prudy —recobró su habla Ewan—. Venga; apartémonos de aquí.

La condujo hacia un bosquecillo próximo. Y procuró no mirarla. Porque lo que había sido un bello semblante de la hija de Eva Dylke se había transformado en una de aquellas espantosas «máscaras», que hacían retoñecer al ser humano millones de años, para reencontrar los feroces rasgos del primitivismo.

La chica temblaba y sollozaba presa de un ataque de histeria. Ewan, remontando su temor y repugnancia, la hizo sentar sobre la pinocha y le dio unos golpecitos en la espalda para que se tranquilizara. Cosa que tardó en suceder, aunque, por fin, Prudy logró vencer sus nervios. Y miró entonces a su salvador.

—Ewan —pronunció con aquel rasposo acento que acompañaba al

«enmascaramiento»—. ¿Cómo andas a estas horas por aquí?

—Eeeh... Bueno; vine a visitar a Hephzibah... no sé si se acuerda de ella... trabaja con los Orbitzer.

—Sí. ¡Gracias, Ewan! ¿No te da miedo mi rostro?

—Eeeh... pues un poco, sí. Pero ahora sé que es usted, señorita, y ya no me lo da. ¿Qué... qué le pasó?

—No lo sé. ¡Es una maldición que ha caído sobre «Aurea Hills»! Y a ella le ha venido muy bien.

—¿A quién?

—A mi madrastra. ¡Oh, ya sé que no se debe hablar así, pero es la verdad! Dentro de poco iba a ser mayor de edad y entonces entraría en posesión de la fortuna de mí padre. Tendría que depender de mí. Y por ello ha urdido el encerrarme.

—Pero sí...

La realidad era que no entendía nada. Se fijó entonces en que, aparte de la deformación que ya podía considerarse normal, Prudy presentaba un ojo extrañamente fijo y de un tamaño diferente, quizá producido al estirarse la piel. Ella se dio cuenta de lo que él observaba.

—Esto es una «caricia» suya —explicó—. En una de sus borracheras me golpeó con el tacón de un zapato y me saltó el ojo.

—Pero, ¿cómo va a poder ella... su madrastra digo... procurarle esa... esa enfermedad?

Entonces oyó algo que le proporcionó una luz nueva en aquel caso.

—No tengo la menor idea. Pero ella volvió esta noche muy rara, de una reunión que habían tenido en el Templo... Ese Templo abandonado de la plaza de Ginkgo. Yo estaba un poco acatarrada y se empeñó en que me viera el doctor Devanson. Poco después de estar el médico sentí un profundo sopor. El caso es que no me dormí del todo. Por lo menos entre sueños me pareció oír que se referían a que cuando despertara me conduciría ella con los otros «contaminados». Y que así mi madrastra podría administrar la fortuna mientras viviese.

—¿Y se despertó... con eso?

—Sí. Y estoy segura de que algo me hizo el doctor Devanson, pues olí en el cuarto una sustancia extraña...

Se calló porque se oyeron voces como de un grupo de personas que recorriese el terreno a la búsqueda de algo.

CAPITULO 11

LA agitación se apoderó de nuevo de Prudy. Se agarró con desesperación a Ewan, clavándole las uñas en el brazo.

—¡Vienen por mí, vienen por mí! Estoy segura... ¡No me dejarán escapar!

—Podemos huir, salir de la colonia. Venga conmigo. La llevaré a...

Se cortó. De pronto comprendió lo difícil que sería justificar la aparición en la ciudad de una persona con aquella terrible cabeza. Ella lo contempló con desvarío.

—Sí... sí... ¡Pero es imposible! ¡Yo no quiero que me puedan ver así! ¿No te das cuenta? Y tampoco quiero que me encierren...

Las voces se escuchaban más cerca. Y eran las de varias personas, «no debe estar muy lejos...» «¡Dios mío, y si hubiera conseguido salir de la colonia? Vendrían por nosotros...» «Estoy seguro de que no ha hecho semejante cosa...»

—Ewan —susurró, aunque metálicamente, Prudy—, escúchame: no puedo evitar que me encuentren y me trasladen a ese Templo... con los demás. Pero tú puedes ayudarme. ¿Querrás hacerlo?

—Por supuesto que sí, señorita. ¿Qué he de hacer?

—Todo esto empezó cuando volvió de los Mares del Sur el hijo de Dorothy Layer, Clifton. A los tres días de su llegada enfermó y parece ser que le falló el corazón. Quiero decir que se murió. Pero a partir de aquel momento comenzaron a caer los demás de la Colonia con este tipo de enfermedad. Y siempre el doctor Devanson, por lo que yo he podido enterarme, estuvo poco antes con los enfermos. ¿Te das cuenta? Cuentan que Clifton Layer se trajo algo, una «máscara» de su viaje por las islas aquellas... ¡Por favor, libéranos de su poder!

No pudo hablar más. Los rastreadores se oían a escasa distancia. Hizo señas a Ewan para que se marchara. El negro dudó unos momentos, pero aceptó que era insensato el permanecer para ser capturado. Si efectivamente podía servir de alguna ayuda, tendría que ser estando libre. Libre y sin que se enteraran de su intervención. Así que se escurrió entre los árboles para agacharse unas yardas más allá. Le llegó perfectamente el momento en que tropezaron con la muchacha y los alaridos de esta.

—¡No, no! ¡Soltadme, soltadme! ¡No quiero ir, no quiero ir! ¡No te acer...!

Se cortó bruscamente, señal de que o le habían propinado algún golpe para privarla de sentido o le habían tapado la boca con alguna mordaza. El silencio, un ominoso silencio, se infiltró por el espacio y lo empapó todo. Todavía permaneció un rato agazapado el joven mecánico, esperando.

Luego, con lentitud, avizorando a su alrededor, como si estuviese en la selva de su origen, salió de su escondrijo y emprendió la marcha. No se entretuvo más sino que salió de «Aurea Hills» y en su pequeño coche —de importación—, regresó a Stockholm.

A la mañana siguiente no acudió al taller donde trabajaba, sino que envió aviso de estar enfermo. Y se fue a la Biblioteca Pública donde pidió algunos libros y revistas. Concretamente le interesaba cuanto tratase de plantas tropicales y de los productos empleados por los salvajes en sus tatuajes o en la preparación de sus momias. No le aclararon mucho aquellos volúmenes, pero sí sacó la impresión de que los muy atrasados melanesios, conocían procedimientos hasta aquel momento ignorados por los blancos para alterar los tejidos e incluso los huesos, moldeándolos a su antojo, de lo que eran una prueba las fantásticas reducciones de cabezas.

Con aquellos datos tomó el camino, al caer la tarde, de «Aurea Hills». Dejó el «Toyota» aparcado en un vallecito de las proximidades y se dirigió a pie hacia el conjunto residencial. Las nubes habían echado su telón y desprendían una ligera llovizna, augurio de más intensas precipitaciones. Breves, lívidos relámpagos mostraban su ingente masa y un viento frío, racheado, removía las hojas formando remolinos y asperjando las gotas.

No gritaban los chotacabras y Ewan no sabía si aquello era mejor. En su interior sentía pesar el ambiente y su ancha nariz aspiraba efluvios ponzoñosos. Pero inspiró con fuerza y se lanzó a la aventura. Estaba decidido a poner en claro aquel misterio de la colonia.

Escogió como primera etapa de su acción el hotelito de los Layer. Los focos de alumbrado público se esforzaban con sus vatios en despejar las tinieblas, pero sus círculos de luz se movían y contorsionaban creando unos efectos aún más tenebrosos.

Le abrió Dorothy, la madre de Clifton. En aquellos días había envejecido de modo extraordinario. Se sorprendió al ver a Ewan.

—Hola, Ewan —saludó—. ¿Cómo tú... a estas horas por aquí?

Debió acordarse de algo porque sonrió y dijo:

—Heph continúa en el chalet de los Orbitzer, Ewan.

—Ya lo sé, señora Layer. Pero no estoy aquí por eso. He venido...

Atropelladamente le expuso el motivo de su presencia allí. Dorothy le escuchaba con expresión a medias de incredulidad y dolor.

—Pero eso que me cuentas, Ewan, es horrible y no parece tener sentido. Mi hijo fue el primero en caer víctima de ese espantoso mal...

—No se trata de eso. Pero imagínese que su hijo hubiera traído algún producto, un preparado de los indígenas de aquellas islas, que fuera lo que

sirvió para esas deformaciones. Y que alguien lo hubiera descubierto...

—¡No, no! No es posible.

—¿Por qué no hace un esfuerzo e intenta recordar, señora Layer? En los tres días que pasó en esta casa su hijo, ¿no oyó o vio algo que tuviera relación con eso?

Dorothy había quedado como abstraída. Paulatinamente fue saliendo de aquel marasmo y examinó al joven negro con gesto distinto, de reconocimiento.

—Hubo algo, sí... Pero no creo que tenga nada que ver... Fue una noche que subí a su cuarto y entré sin avisar. Clif estaba sentado en el borde de la cama y tenía entre las manos una cosa. Quedé paralizada al comprobar que le estaba hablando... que dialogaba con aquello...

—¿Qué era? ¡Es muy importante, señora Layer!

—Sí. Pienso que sí. Lo que ocurre es que no deseaba recordarlo. ¡Era tan horrible! Clif sujetaba sus dedos a una máscara.

—¿Una máscara?

—Eso es. Pero no una máscara corriente, sino algo repelente, inmundó, como una sucia alimaña que se agitaba, que VIVIA. Al darse cuenta de que yo lo miraba se apresuró a guardarla en su maleta y se enfadó muchísimo. Me prohibió que volviera a entrar sin llamar.

—¿Y esa máscara... dónde... no sabe dónde está?

—No. Todas sus pertenencias fueron quemadas, por orden del doctor Devanson. Sus ropas, el contenido de las maletas y las maletas mismas... Salvo unos papeles que se llevó él.

—¿Unos papeles?

—Un diario. Dijo que lo iba a estudiar por si allí existía alguna referencia que le permitiera investigar la clase de enfermedad que le había dado.

—¿Y no le ha vuelto a hablar de ello más?

—No.

Ewan reflexionó unos segundos. Intuía que aquel detalle era importante, aunque no sabía por qué.

—¿Y el doctor no habló de esa «máscara» que usted vio en manos de su hijo?

—No. ¿Qué es lo que pasa, Ewan? ¿Qué sospechas?

—Me gustaría equivocarme, señora Layer, pero creo que alguien está utilizando a su hijo y lo que él se pudo traer de ese viaje para imponer un increíble chantaje a todos los miembros de esta colonia.

—Pero yo vi a mí hijo enfermo... de eso no hay duda. Y también, cuando murió.

Aquello era lo difícil. Si de verdad enfermó y su cara se convirtió en la «máscara» ¿qué tenía que ver eso con las posteriores deformaciones? ¿Y quién representaba el papel de aquel demonio que ofició en la ceremonia

del Templo? Con un suspiro, pesaroso de meterse en todo aquel lío, Ewan preguntó:

—Señora Layer, ¿podría ver el cuarto de su hijo un momento? ¿Lo han cambiado?

—No. Sigue igual, aunque, como ya te he dicho, sus ropas y los objetos que trajo fueron quemados. Pero sube si quieres.

Lo precedió hasta el piso superior. Ewan experimentó una singular emoción al penetrar en el que fue dormitorio de Clifton, el hombre que había introducido en la colina el terrible Mal de la Fealdad. Con rapidez revisó con sus movibles ojos el conjunto. A la vista no aparecía nada anormal.

Abrió el armario y miró en los cajones de la mesita. Pero de la famosa «máscara» no había rastro. Aquello había vuelto a su aséptica situación de antes de la venida del impenitente viajero.

Sin embargo, existía alguna cosa que desasosegaba al detective aficionado. Pero no caía en lo que fuera. Escrutó una vez más el contenido del cuarto. Pero fracasó en su empeño. Todo correcto incluso el jarrón con unas flores marchitas, que probaban estaban allí desde la aciaga fecha del fallecimiento.

Súbitamente se hizo la luz en su mente. ¡Claro! No se trataba de objeto o de cualquier cosa que impresionara su retina, sino del olfato. Percibía un aroma singular, que ya había oído en alguna otra ocasión, como de una planta exótica, tropical. ¿No era acaso el perfume a que se había referido Prudy Dylke?

—Está bien, señora Layer; no se preocupe. Quizá todo sea perfectamente explicable. ¿Nadie ha entrado en este cuarto desde entonces?

—No. Nadie.

Ewan no quiso apurar más su estancia en aquel sitio. Se despidió de la dueña y salió de la casa. Al otro lado, cruzando un declive, se encontraba la del doctor Devanson. Todo apuntaba a que en él se encerraba la clave de aquel asunto.

No le respondió nadie cuando llamó a su puerta. Insistió varias veces, pero sin resultado. Se iba a retirar ya, suponiendo que el médico andaría de visita, cuando se le ocurrió empujar la hoja de madera. Y para su asombro, descubrió que no estaba cerrada.

Consciente de que si lo sorprendían allí dentro no le valdrían explicaciones (siempre el color oscuro de su epitelio), tomó la decisión de penetrar y aprovechar la ocasión para realizar una pesquisa.

* * *

La realidad era que no se sentía muy seguro de lo que buscaba. El *hall*

estaba iluminado. Lo cruzó y penetró en el salón. Vacío. Pero se le patentizó enseguida un fenómeno y era el de que en la atmósfera se suspendía el característico olor exótico, a especia o fruto tropical. También detectó otro detalle y fue el de una colilla de cigarrillo aún humeante en un cenicero. El doctor Devanson tendría que haber salido del chalet muy precipitadamente, o era bastante descuidado.

Con lentitud, pisando con las puntas de los zapatos en los escalones, subió al piso superior. Y llegó frente a la entrada del dormitorio. La luz, una luz tenue, se filtraba por debajo del tablero de barnizado nogal. Movi6 el picaporte, pero tampoco le hizo falta porque no se hallaba encajado del todo.

Y pasó al cuarto para detenerse de inmediato y notar que se agarrotaban sus músculos y le acometía un singular hormigueo en sus miembros. Porque el propietario del hotelito, el doctor Oscar Devanson, ocupaba su sillón de orejas junto a la lámpara de pie, encendida. Mantenía sobre las rodillas una carpeta abierta con lo que parecía un viejo manuscrito.

Y su rostro, que miraba hacia el negro visitante, se contraía con una mueca muy especial, inconfundible, así como la anormal fijeza de sus ojos desorbitados. Se quiso acercar.

Pero a la vez, le dio miedo comprobar si era verdad lo que le pasaba por la imaginación.

Por fin, armándose de valor, empezó a encaminarse hacia el cuerpo tirado en el suelo.

CAPITULO 12

MUERTO. Estrangulado. Ewan se aproximó unos pasos.

Se apreciaban las brutales marcas de unos dedos fuertes, implacables, que le habían hundido la carótida que casi lo habían desnucado.

El perfume de aquella esencia que ya se podía calificar de letal flotaba en el ambiente. El negro efectuó una contracción poderosa de todo su organismo y se endureció; necesitaba vencer su repugnancia, su rechazo ancestral a la muerte.

Se colocó al lado del asesinado galeno y le arrebató la carpeta con las hojas escritas. Al principio no pudo descifrar aquellos signos cruzados, tachados y vueltos a escribir.

«... Tras muchos esfuerzos he conseguido obtener de uno de estos pobres idiotas que me revelase algo muy importante. Al parecer esta deformación, esta horrible «máscara», se consigue inyectando en un punto por detrás de la oreja izquierda el extracto de varias hierbas con el veneno de una araña que abunda en estas islas.

«Perdura durante mucho tiempo. Ellos lo emplearon cuando decidieron encerrarse en la Isla Gimiente con objeto de ahuyentar a sus enemigos y evitar así que les robasen. En cierto modo, viene a ser como los «terroríficos» enmascaramientos a que acuden ciertas orugas y animales para defenderse. Sólo que pronto empezaron a estar dominados por su aspecto, a considerarse distintos y como habitantes del mundo de las sombras.

«En el transcurso de los años, fueron degenerando, olvidando incluso por qué estaban así. Luego, surgió Sheena que les habló de Wacú, el Dios de la Fealdad e instituyó su culto. Y una serie de Ceremonias. Ella ayudaba a que fueran cada vez más olvidando el origen de su repugnante apariencia, drogándoles con alguna planta que les repartía con regularidad.

«He comprendido otras muchas cosas. Por ejemplo, que el Tesoro, cualquiera que este sea, no se encuentra sepultado en ese pozo infecto como ella me dijo, sino que se lo ha ido llevando por la salida al mar del fondo de la cueva donde reside.

«Y también que ese maldito Wacú no es una invención suya, sino que de veras existe: es un compinche que se enmascara y se presenta de vez en cuando a estos infelices embrutecidos. Debo reconocer —yo lo he visto un

par de veces ya—, que su «Máscara» es algo impresionante, diferente a las nuestras, y que ha conseguido reflejar el más supremo Horror.

»Voy a anotar en este diario los últimos sucesos. He conseguido, tras mayores esfuerzos aún y por el sistema de suprimirle la ración de hierba a mí comunicante, sacarle el otro secreto, el fundamental. Y es el medio de desprenderse de esta nueva cara fabricada.

»Me ha dado la receta, que transcribo en una hoja aparte. Pero de nada me serviría si no me hubiera informado a su vez de que ese preparado lo tiene en su poder, bajo las pieles que le sirven de lecho, y la ha dejado en un rincón. Al menos, yo he de apartar mis ojos de ella porque me parece que se agita, que VIVE por su cuenta.

»No se percatan de mi ataque. He cogido una de las lanzas de adorno y los he atravesado con un formidable golpe.

»He encontrado el tarro con el antídoto de la deformación provocada por el otro preparado. Y también he hallado de este una gran cantidad. Me he tomado el primero y rápidamente experimento sus efectos. La inflamación va cediendo.

»Busco ahora por todos los rincones. Naturalmente, del Tesoro no encuentro nada. Tendría que haberlos obligado a que me dijeran dónde lo han llevado. Pero no tenía opción.' Me apodero de los frascos y de algunas tallas y máscaras que me podrán servir. Y, aunque no sin vacilar, de la Máscara Inmunda...»

* * *

Allí terminaba el diario. Ewan inspiró con fuerza y tuvo como un ligero mareo. Volvió a examinar el rostro del doctor y le gustó aún menos. Pero era preciso que concluyera su labor, que no se detuviera en aquello. Tenía que ir al Templo sin acabar y descubrir al verdadero culpable, al hombre que había impuesto el Horror en «Aurea Hills».

Antes procedió a un registro de toda la casa. Y en un armario del cuarto de aseo halló lo que buscaba. Eran dos frascos que se denunciaban por sí mismos, por el envase, ya que eran muestras del arte melanesio. Y al destapar uno de ellos se introdujo por su pituitaria el olor aquel que acompañaba a todas las declaraciones del Mal de la Fealdad.

SE lo guardó y se apresuró a dejar el hotelito. Ahora llovía torrencialmente, y los relámpagos se sucedían como los «flashes» de un gigantesco fotógrafo de las tinieblas.

Sin que le entorpeciera nadie, Ewa se coló en la sombría construcción. Y tampoco tuvo impedimento en alcanzar el sitio bajo el púlpito. Todo igual que el día anterior. Los velones encendidos, oscilantes, los «contaminados», en los bancos y en el hueco del ábside la «Máscara» y Hephzibah. Una nueva tanda de iniciados, de hombres y mujeres que habrían de servir a los condenados al aislamiento y oscuridad por su Fealdad monstruosa.

Y un nuevo perro que iba a padecer la cruel tortura del que había iniciado la banda de sacrificios.

—... Pronto la visión del dolor, de la sangre y la muerte sustituirán en vuestras mentes deformadas las bellas estampitas con que recubrí la Verdad —sermoneaba la «Máscara»—. Todo bien tapado, para que no lleguen a los delicados oídos, los alaridos de las víctimas de que luego os nutrís. ¡Pero la verdad es esta, la de los mataderos, la del continuo juego de dolor y la destrucción! Esto no es sino una preparación para los verdaderos sacrificios, los que practicaban en las religiones antiguas: los de seres humanos.

Ewan no quiso esperar más. Salió de su escondrijo y avanzó hacia la pareja de oficiantes. Heph, que causaba la sensación de estar como hipnotizada, fue la primera en verlo. Y se le desenchajó el bello rostro y lo señaló con un brazo extendido.

—¿Eh, quién eres tú? —chilló la «Máscara» revolviéndose.

El joven negro se situó a su altura. Y se enfrentó con los asombrados fieles de aquel culto infernal.

—Yo soy Ewan Thorne y todos me conocéis. Trabajo en Stockholm, en un taller de mecánica de coches.

Hizo una pausa y se volvió hacia la grotesca y truculenta criatura que esperaba a su lado, tenso, dispuesto a saltar. Tuvo un repeluzno al posar sus ojos en la «Máscara». Supuso que aquella era la que Clifton Layer se trajo de su viaje y aventura en la Isla Gimiente.

—¡Escuchadme todos! —gritó con toda su fuerza—. Estáis siendo víctimas de un asqueroso engaño. Lo que ha deformado vuestros rostros no

es una enfermedad misteriosa, sino un preparado de hierbas y veneno obtenido por los melanesios y que Clifton Layer se trajo de su viaje por aquellas tierras. Yo tengo aquí, en mi bolsillo, tanto ese preparado como el que lo elimina. En pocos minutos podéis quedar todos limpios... y como siempre.

Hubo un momento de suspensión, de contención de las respiraciones. Luego se alzó un tremendo clamor y se pusieron todos en pie.

—¿Es verdad eso? ¡Vamos, díganoslo!

—¿Dónde está esa medicina? ¡Rápido!

—¿Y el doctor Devanson? ¡El tendrá que venir y proceder enseguida a inyectarnos eso!

Ewan levantó sus brazos imponiendo silencio. No dejaba de vigilar a la «Máscara». Heph se había encogido y lo contemplaba dolorosamente, incrédula todavía, como si temiese que sobre su cabeza se fulminase algún rayo de la tormenta que rugía fuera.

—El doctor Devanson no puede venir. Ya no atenderá a nadie, a ninguno de ustedes —dijo—. Ha sido asesinado.

Ahora las exclamaciones fueron de otro signo. Ewan decidió encararse definitivamente con el peligro. Y se volvió del todo hacia la «Máscara».

—¡Usted es el asesino, usted, Clifton Layer! Oiganme: este hombre no murió, sino que se puso de acuerdo con el doctor. Quería apoderarse de sus fortunas, obligándoles a que les cediera su administración al no poder presentarse con esas «Máscaras» en público. Los hubiera tenido recluidos aquí hasta que hubiera terminado con la operación de hacerse con sus negocios y riquezas... ¡Él es Clifton Layer, el hombre que se trajo de una Isla de Oceanía la «Máscara» y su secreto!

Se adelantó con ánimo de despojarle de aquella «cosa» con que cubría sus facciones. Pero la «Máscara» dejó oír una especie de infrahumano sonido, como un berrido infernal, y saltó hacia atrás.

—¡Imbécil! —restalló su chirrioso acento—. ¡Estúpido negro! No podrás nada contra mí. ¡Al diablo todos!

Echó a correr. Ewan le siguió, pero tropezó con el altarcito donde estaba sujeto el perro y aquello frenó su carrera. Cuando llegó a la sacristía comprobó que el fugitivo había conseguido escapar. Se encogió de hombros y regresó a donde los «enmascarados», se agitaban tumultuosamente.

—¡Ese producto! ¡Vamos, dénoslo ya! ¡Pronto!

Sacó los frascos y les tendió el que contenía el remedio para su mal.

—Tomen solo una pequeña porción. Es suficiente —explicó.

* * *

Lo hicieron ansiosamente. Mientras, Ewan se aproximó a la aturdida,

atemorizada Hephzibah, que retrocedió como si fuera a pegarle.

—Heph, despierta. Todo ha sido un mal sueño —le habló con suavidad—. ¿No te das cuenta? Se fijaron en ti porque saben que nosotros «creemos» en que hay fuerzas que representan el Mal. Y eso porque de lo contrario no podríamos soportar el ser siempre víctimas de su egoísmo, de su crueldad y mentira.

—Pero él... la «Máscara»...

FINAL

ES Clifton Layer. Se fingió enfermo para poder maniobrar libremente, de acuerdo con el doctor Devanson. Por eso nadie lo vio ya dentro del ataúd, con el subterfugio de que estaba deformado. Y tuvo que ir a alojarse en casa del médico. Este era quien inculcaba ese tóxico en los pacientes que visitaba.

—Pero entonces... ¿Por qué lo ha asesinado?

—No estoy seguro, pero anoche, poco antes de hablar contigo, oí una conversación. Una de las voces, ahora lo sé, era la del doctor. Y reprochaba a la otra persona que hubiera tenido que atacar a una mujer...

—La maestra, Chloe Fandon. Sí; debían de referirse a ella.

—Eso los enfrentó. Y quizá el médico quiso cortar esta experiencia, asustado por el cariz que iba tomando, con esas ceremonias horribles, con sacrificio de perros y...

—¡Oh, no hables de ello, Ewan! Pero ¿cómo sabes que es Clifton Layer? ¿Por qué estás tan seguro?

—¿Quién podía ser si no? Lo que pasa es que debe haber enloquecido y por ello ha matado a su cómplice. Posiblemente pensaba utilizar esa muerte para someter aún más a los demás, fingiendo que era en una ceremonia aquí donde se producía. Por eso hablaba de que esto no era sino la preparación para otro tipo de sacrificios...

—Sí. Ahora todo parece lógico. Aunque, sin embargo...

Atendieron a lo que sucedía con los «contaminados» porque empezaron a oírse exclamaciones de alegría, Jljntos. Resultaba fascinante observar cómo iban recuperando sus rostros normales y se borraba la espantosa inflamación de sus tejidos.

—Esa es la prueba, Heph. No te he engañado. Pero hay otra y es la de ir al cementerio y comprobar que la tumba donde se supone que está enterrado Clifton Layer no contiene a nadie. Lo más urgente ahora es avisar a la policía para que proceda a su detención: puede ser peligroso que ande huyendo por ahí.

* * *

El grupo de personas vio cómo el sepulturero abría el panteón. Y lo siguió al húmedo interior. Una pesada, irrespirable atmósfera los envolvió,

aunque el aire que se coló con ellos fue despejándola.

El único féretro, el que debería contener el cuerpo de Clifton Layer, estaba en su sitio, cerrado. Con un lúgubre chasquido se levantó la tapa. Y todos pudieron comprobar

que allí estaba el hijo de los Layer, el viajero de Oceanía. Con la «Máscara» puesta.

Sólo que al proceder el facultativo venido de Stockholm, junto con otros científicos y miembros de la policía, a quitársela, quedó al descubierto el auténtico rostro del joven. Y no cabía la menor duda de que era la faz de un cadáver. Y aun más: de un cadáver que había entrado hacía tiempo en descomposición.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 35 PTS.